
OLYMPIA RUSSELL
Los Ashcombe I
El último capricho de
Lady Katie

# El último capricho de Lady Katie

© El último capricho de lady Katie
© Olympia Russell. M. Jiménez 2026
Todos los derechos reservados.
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier
forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.
Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Prefacio

El 28 de diciembre de 1823, Lord Henry Ashcombe y su esposa Anne perdieron la vida en un accidente cuando el carruaje en el que viajaban a visitar a la madre de Lady Ashcombe perdió una rueda y cayó por la ladera de un precipicio.

Ese mismo día, a cien millas de distancia, su primogénito Henry cumplió la mayoría de edad: 21 años.

Ese fue su regalo de cumpleaños: la muerte de sus padres y la herencia del Condado de Ashcombe con todos sus privilegios y deberes.

Sobre todo, deberes.

Henry, que había vivido hasta entonces despreocupado de todo lo que tuviera que ver con su futura herencia, tuvo que soportar sobre sus hombros todo el peso de su título y familia.

Como Conde de Ashcombe tuvo que ocupar inmediatamente el puesto en la Cámara de los Lores. Su padre había sido un activo Lord del ala minoritaria liberal. Sus enfrentamiento con los "tories" conservadores, mayoría en la Cámara, eran épicos y por todos conocidos. Cuando Henry tuvo que sustituir a su padre, apenas una semana después de su fallecimiento, todo el mundo le exigió que se mantuviera al mismo nivel que su progenitor.

Fue duro enfrentarse a hombres adultos, curtidos en todo tipo de batallas dialécticas. Aquello le supuso noches de insomnio, manos sudorosas, cuerpo tembloroso al subirse al estrado de los oradores y muchos disgustos por batallas perdidas. En cualquier caso, aquello no fue lo más duro de su terrible herencia.

Lo peor, con mucha diferencia, fue hacerse cargo de sus siete hermanos menores.

Nigel, el segundo, tenía diecinueve años recién cumplidos, la pequeña, Helene, apenas tenía ocho, y en medio estaban Christian, John, Elsie, Beatrice y Katherine, cada cual con sus problemas y con sus caracteres diferentes, pero todos con necesidad de tener

algo seguro ante el caos en que se había convertido su vida al perder a sus padres de manera tan trágica y tan pronto.

Y a Henry le había tocado ser ese algo seguro. A él nadie le iba a consolar ni proteger, era él quien tenía que hacerlo.

Esta historia comenzó en 1829, cuando Henry ya tenía veintisiete años.

Aunque aún no había alcanzado el nivel de su padre, como le recordaban a menudo, dejó de temblar cuando subía al estrado de la Cámara de los Lores, la familia se mantuvo unida y los hermanos fueron creciendo dentro de un orden inestable. Al menos ninguno había muerto ni había provocado la muerte de nadie, se solía decir a sí mismo, con ironía, cuando por las noches quedaba finalmente solo.

En ese equilibrio precario había sobre todo una pieza discordante, que siempre estaba a punto de desbaratar todo. Era una joven de pelo rubio, casi blanco, ojos azules del color del mar del ártico y un carácter endiablado. Era Katherine, Katie para todos, la mayor entre las chicas. Si había alguien en la familia que había sobrellevado mal la muerte de los padres, había sido ella. También había decidido culpar a todo el mundo por ello, con su hermano Henry a la cabeza de los culpables.

Durante los seis años que habían transcurrido desde el desgraciado accidente, se contaban con los dedos de la mano las semanas que Katie no había provocado una discusión con alguien. A veces con sus hermanos pequeños, a veces con los criados, pero, normalmente, con Henry.

Pero el 28 de diciembre de 1829, Katie llevó un poco más allá su costumbre de hacer saltar todo por los aires

# Capítulo 1:

—¡No, no y no! ¡Yo quiero casarme con ese Lord!

Katie, con su precioso rostro enrojecido, pataleaba contra el suelo como si fuera una enrabietada niña de tres años y no una joven adulta de veinticuatro.

—Pero Katie, "ese Lord" ya está casado.

Henry, sentado tras la mesa de su despacho, intentaba mantener la calma, pero esta vez le estaba costando más de lo habitual. Llevaba seis años perfeccionando paciencia y tranquilidad ante su intratable hermana, pero su última ocurrencia había superado todos los límites.

—¿Y qué más da?

Henry soltó un bufido y estuvo a punto de soltar un exabrupto, pero enseguida recobró su actitud paciente. Su hermana acababa de soltar una tontería de tamaño monumental, pero no podía decir que le sorprendiera: así era Katie, inasequible a la lógica y en lucha permanente contra la realidad. Lo único que podía hacer él era acompañarla en su delirio tratando de no perder la calma y esperar a que ella misma se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Solía funcionar. Katie, tarde o temprano, renunciaba a sus caprichos. Aunque a veces había que esperar días. Días que convertían el hogar en un pequeño infierno, con Katie dando portazos y gritos a diestro y siniestro y todos, criados incluídos, tratando de evitarla.

Pero esta vez Henry se temía que el problema se iba a eternizar. Ya llevaban un par de años sorteando "el desastre", como lo llamaba Henry para sí mismo, y, finalmente, había explotado con virulencia.

El desastre era el futuro matrimonio de Katie.

# Capítulo 2:

Como responsable de sus hermanos, además de mantenerlos con vida, Henry tenía una misión ineludible: procurarles un futuro. En el caso de Nigel, John y Christian el futuro estaba claro y decidido. Cada uno de ellos recibiría un título, menor al suyo, pero con suficiente empaque y aportación económica como para procurarles estatus y modo de vida parecido al que disfrutaban bajo su tutela. Pero con las chicas, aunque el objetivo también estaba claro, el tema era más peliagudo.

El objetivo, por supuesto, era concertar un buen matrimonio. Sobre el papel, algo factible, en la realidad, meterse en un combate en el que Henry partía con desventaja, si no es que estaba derrotado ya de antemano.

El mundo de la caza del marido —porque de eso se trataba, de cazar un buen partido —estaba en manos de las mujeres. Eran las madres de las jóvenes quienes hacían las listas de posibles pretendientes de sus hijas, quienes concertaban encuentros, organizaban meriendas o empujaban a sus hijas a hacerse las encontradizas con los jóvenes que ellas elegían. La mayoría de los matrimonios se concertaban así y si bien la belleza o la dote de la joven tenía su peso en la elección final del caballero puesto en la diana, las buenas artes de las madres tenían tanta influencia, si no más.

Pero Henry era un hombre. Uno joven y sin experiencia, además. No sabía nada de ese mundo. No podía ayudar a sus hermanas.

Ese tema le había angustiado casi desde el primer momento en que se había convertido en Conde, pero los últimos años la angustia se había centrado en una de sus hermanas tan solo, en Katie.

Helene y Elsie aún eran pequeñas y Beatrice, que ya tenía veintidós años y, por tanto, ya había sido presentada en sociedad, no tenía prisa por casarse, por no decir que no tenía intención, pero ese era un tema que Henry había pospuesto para más adelante.

No, el problema era Katie, como siempre, por otro lado.

Respecto a la dote no había problema, porque sus padres les habían dejado en una posición económica inmejorable y había suficiente para darles una dote elevada a las cuatro. Y respecto a belleza…, bueno, ahí no todas partían con la misma ventaja. Beatrice era la menos agraciada pero, de nuevo, debido a su actitud evitativa del matrimonio, no era un problema urgente. Elsie y Helene aún eran jóvenes para saber en qué se iban a convertir. Ya se adivinaba que iban a ser más bellas que Beatrice, pero ninguna alcanzaría a Katie, que era una auténtica belleza.

Es decir, Katie lo tenía todo: dote y belleza.

Pero era Katie.

Nada más cumplir la edad de ser presentada en sociedad Henry había pasado noches de insomnio, previendo el infierno en el que se podía convertir su vida con una Katie queriendo casarse y sin salirse con la suya, pero todo había ido mucho mejor de lo esperado.

—Aún no —le había dicho ella un día, levantando su cabeza y con su naricita respingona apuntando al cielo —quiero hacer un matrimonio perfecto, voy a reflexionar mucho.

Henry había reprimido un suspiro de alivio, casi como un reo al que le han pospuesto la pena de muerte. Katie y "reflexionar mucho" no eran términos que encajaran en absoluto, pero agradeció la tregua, que, supuso, sería pequeña.

Y aquí también Katie le sorprendió, ya que la tregua duró mucho más de lo esperado. De hecho, había durado hasta la noche del 27 de diciembre de 1829.

Capítulo 3:

La noche anterior, sin previo aviso, Katie había acabado su periodo de reflexión de golpe: se había enamorado de Albert McMurray, un Lord al que acababa de conocer en el baile de debutantes anual. Ese mismo día.

Y si bien estaba claro que se trataba de un enamoramiento sin ninguna base, más allá de que se lo había cruzado en el pasillo y "se había sentido en el paraíso bajo su mirada", Henry, que conocía a su hermana, supo inmediatamente que las puertas del infierno se habían abierto.

Katie había tardado mucho tiempo en decidirse, pero eso era porque le daba mucha importancia al matrimonio. Y esa era la razón de que Henry supiera que se avecinaba la mayor tormenta que había padecido con Katie: no se iba a conformar con un no, aunque ese no proviniera de la realidad. Iba a hacer lo que fuera por salirse con la suya, aunque fuera imposible.

En cualquier caso, él tenía que intentar hacerle entrar en razón, sin perder la calma.

—Katie, te entiendo, Albert McMurray es un caballero encantador —empezó Hery, mostrándole cercanía a su hermana como estrategia, a ver si la calmaba, cosa que sí sucedió, pero no de la manera que él esperaba:

—Por supuesto, Henry, por eso quiero casarme con él.

Henry entornó los ojos y volvió a hablar, pero ya no con tanta tranquilidad:

—Está casado, Katie, no puedes…

—¡¿Y qué?! ¡Los matrimonios se acaban!

La estrategia de Henry había durado unos segundos, ya estaban de nuevo en el punto de partida. Con una novedad que no era nada tranquilizadora, ya que la única manera de que los matrimonios acabaran era el fallecimiento de uno de los cónyuges. Henry no pensaba que Katie fuera capaz de asesinar a la esposa de Albert McMurray, aunque tampoco pondría la mano en el fuego por que no. En cualquier caso, lo que estaba claro era que sí era capaz

de montar un escándalo. Hasta entonces, todo había quedado en casa, pero si no se le ocurría pronto algo, todo Londres acabaría enterándose de la locura de su hermana. Y aquello no podía ocurrir, no sólo por ella, que de aquella manera dinamitaría todas sus opciones de encontrar un buen marido, sino por toda la familia. El honor de los Ashcombe dependía de que él fuera capaz de controlar a Katie.

# Capítulo 4:

Cuando las cosas vienen mal dadas, se agudiza el ingenio y eso es lo que le ocurrió a Henry. Al día siguiente del desastre, mientras Katie permanecía encerrada en su habitación, a Henry se le ocurrió una idea brillante para que entrara en razón.

Bueno, lo cierto es que no era brillante, sino una locura, pero era mucho mejor que imaginar a Katie persiguiendo a Albert McMurray, y su esposa, por todo Londres.

Capítulo 5:

—Es cierto que hace un año te prometí salvarte la vida si hiciera falta, Henry, pero eran las cinco de la mañana y tenía litros de whisky corriendo por mis venas.

Edward Montague, Duque de Blackmoor, tenía una sonrisa divertida en su rostro y estaba sirviéndose una dosis generosa de whisky mientras hablaba con su mejor amigo.

—Estoy hablando en serio, Ed, necesito tu ayuda —Henry se había dado cuenta de que Edward había tomado a broma lo que le acababa de decir, pero no era así, estaba hablando en serio. Nunca había hablado tan en serio en su vida y nunca había necesitado tanto que le echaran una mano.

Edward dejó de verter el ambarino líquido en el vaso mientras continuaba con la botella en la mano y miró a su amigo con el ceño fruncido, pero aún la sonrisa en su rostro.
Henry le acababa de decir que hablaba en serio, pero… no podía ser… ¿verdad?.

Pero Henry continuaba serio, mirándole con intensidad.

—Es una de esas bromas pesadas que se llevan hasta las últimas consecuencias, ¿verdad? —empezó a hablar lentamente Edward, preocupado, pero al mismo tiempo convencido de que su amigo tenía que estar bromeando —Pues te agradecería que no lo hicieras, no me está haciendo gracia.

—Estoy hablando en serio Ed —repitió Henry.

Y entonces Edward, que se dio cuenta por fín de que sí iba en serio, dejó el vaso sobre la mesa con algo de fuerza, de manera que el líquido se vertió un poco, miró fijamente a su amigo y dijo tan solo:

—No.

Capítulo 6:

Henry y Edward se conocían desde niños, habían estudiado juntos en Eton, habían acudido juntos al baile en el que habían entrado en la edad adulta y, posteriormente, habían ido dando juntos todos los pasos que debía dar un joven noble. Ambos eran los primogénitos de sus familias y habían heredado el título y posesiones de sus padres a la muerte de estos, Edward, hacía apenas un año. Además de todo eso, también eran amigos, no un amigo cualquiera, sino que cada uno era el mejor amigo del otro.

Cuando Henry había tenido que entrar antes de tiempo en la vida adulta, tras la muerte de sus padres, Edward había sido su apoyo fundamental. Henry había tenido a su lado a su abuela materna, que falleció un año después, y varios nobles amigos de sus padres, que le habían ayudado con la gestión de sus posesiones, pero el único hombro en el que se había permitido llorar había sido el de Edward. Y esto había ocurrido así literalmente, ya que habían sido varias las veces que el joven Henry había llorado en presencia de Edward.

Se podía decir que ambos habían madurado de golpe y al mismo tiempo.

No todo había sido duro, por supuesto, también habían tenido momentos de diversión. Y todos ellos, tantos los buenos como los malos, los había compartido con Edward.

Por eso había acudido a él ante el mayor problema que había tenido desde el fallecimiento de sus padres. Le había pedido que interviniera, sabiendo que a su amigo no le iba a hacer ninguna gracia, pero dando por hecho que le iba a decir que sí.

Pero le había dicho que no.

Por eso, durante los primeros segundos después de la negativa de Edward, se hizo el silencio en el despacho de Henry, que es donde había tenido lugar la conversación.

Henry notó que su corazón se ensombrecía: si Edward le daba la espalda, solo le quedaba el escándalo. Tenía que insistir:

—Ya sé que parece una locura —empezó, y no pudo continuar porque Ed le cortó:

—Es una locura.

—Sí, de acuerdo, es una locura, pero ¿qué otra solución queda?

—¿Aceptar que no puede casarse con un hombre casado?

Edward había respondido con ironía, levantando una ceja, uno de sus gestos más característicos.

—¡Oh, no se me había ocurrido! tienes razón, se lo voy a decir y a ella le va a parecer una idea fantástica

Henry decidió responderle también con ironía, a ver si de esa manera conseguía que Edward se hiciera cargo de lo desesperado que estaba.Y, de alguna manera, funcionó, porque Edward respondió de otra manera.

—Vale, de acuerdo, estás en una situación bastante incómoda, pero tiene que haber otra solución.

—Te aseguro que no se me ha ocurrido nada mejor.

—¿No se te ha ocurrido nada mejor que que yo seduzca a tu hermana?

Dijo Edward, volviendo a levantar la ceja.

—No quiero que la seduzcas, solo quiero que le invites a bailar en el próximo baile, vengas a tomar el té  y la mires como tú sabes mirar a las mujeres que te interesan… un flirteo inocente, pero que le haga sentirse deseada y, al mismo tiempo, le haga olvidar a McMurray.

—¿Me estás hablando de la misma Katie que nunca da su brazo a torcer? ¿La misma que hizo que viajaras a Escocia en busca de una manta tejida con lana especial, solo porque se le había metido entre ceja y ceja tener la misma manta que su mejor amiga? ¿La misma que dejó de tener esa amiga y todas las que han venido después porque no hay quién la aguante? ¿Me estás diciendo que porque yo la saque a bailar se le va a olvidar que se ha enamorado de un hombre casado?

Henry se levantó del sofá en el que estaba sentado mientras se pasaba la mano por la cara. Edward tenía razón, hacía falta algo mucho más fuerte que un leve flirteo para que Katie abandonara su idea más loca entre todas las ideas locas que había tenido en su vida.

—Quizá debe ser algo un poco más evidente que un baile juntos…—empezó, dándole la razón a su amigo.

—Eso me había parecido entenderte la primera vez, y te he dicho que no, Henry. Haría casi cualquier cosa por tí, pero eso no. No voy a seducir a Katie y no lo voy a hacer porque está mal engañar a una joven de esa manera premeditada.

Henry suspiró, pero de repente vio un resquicio para intentar convencer a su amigo.

—Tienes razón, en principio no está bien engañar a una joven de la manera que te estoy pidiendo, pero en el caso de Katie, sí. Necesita aprender que no siempre puede salirse con la suya. Y si sale bien lo que te propongo, va a aprender por partida doble: no tendrá a Albert McMurray y no te tendrá a ti, porque está claro que, si se acaba enamorando de ti, la rechazarás.

Edward había seguido el razonamiento de Henry con atención hasta que llegó a la última parte, que le provocó una carcajada.

—Suponiendo que aceptara tu argumento de que Katie necesita una lección, Henry, no has podido escoger peor, porque, como muy bien sabes, Katie no me soporta.

—Eso no es cierto. Nunca me ha hablado mal de ti.

—Bueno, hace dos años me tiró una maceta desde su balcón, no me mató de milagro.

Henry parpadeó un momento, hasta que recordó el incidente en cuestión, que le hizo sonreír por primera vez desde que habían iniciado esa conversación.

—Ah, es cierto, lo había olvidado… En aquella ocasión, y sin que sirva de precedente, Katie tenía razón.

—¿Cómo que tenía razón? —dijo Edward, indignado.

—Si no recuerdo mal, eran las cinco de la madrugada y habíamos venido los dos del club con demasiado alcohol en las

venas con el propósito de llevar a cabo una apuesta: íbamos a trepar por la enredadera del palacio a ver quién llegaba primero hasta el tejado. Una locura.

Esta vez fue Edward el que sonrió, aunque enseguida censuró la sonrisa.

—Esa no era razón para intentar matarme.

—Sí lo era. Ella no sabía que éramos nosotros, se despertó con unos hombres intentando trepar por los muros de su palacio, hizo bien.

—Bien, olvidemos ese asunto, antes tampoco me miraba bien.

—Katie no mira bien a nadie, Edward.

Se hizo un silencio y, por primera vez, Edward empezó a valorar lo que su amigo le había pedido.

—Sé que es complicado, Edward, pero es la única opción que me queda para evitar que monte un escándalo que salpique a la familia para siempre. Sobre todo lo hago por protegerla, porque después de eso nadie va a querer casarse con ella.Y sé que es difícil lo que te pido, pero ¿a quién se lo puedo pedir si no? —se hizo un silencio, para que Edward valorara lo que acababa de escuchar y, finalmente, Henry añadió —Además, eres el hombre más atractivo del reino, si hay alguien que puede seducirla, eres tu.

El silencio se hizo más profundo.

La última frase de Henry había sido una jugada maestra. También una exageración. Edward era uno de los hombres más atractivos de la nobleza londinense, pero no necesariamente el más atractivo. El mismo Henry se podía situar a su mismo nivel. Ambos eran altos y musculosos y había muchas jovencitas deseando ser sus pretendientes, pero no eran los únicos. Pero Edward era también muy competitivo y lo que acaba de decirle Henry había despertado esa competitividad. Había una posibilidad de que aceptara lo que le pedía, sólo por el deseo de demostrar que era capaz de enamorar a alguien tan difícil como Katie.

Como así fue.

—¿Cuál es el límite?

# Capítulo 7:

"¿Cuál es el límite?"

Con aquella sencilla pregunta, Edward había hecho dos cosas, aceptar la petición de Henry, pero, también, abrir una puerta a la incomodidad entre ellos.

Lo que Henry le había pedido rompía uno de los acuerdos tácitos que se solían dar entre amigos: no flirtear con las hermanas del otro. El juego del flirteo y la seducción traía a veces finales felices, pero, muchas más, malentendidos, disgustos y mal de amores. Y cuando las cosas acababan mal, los hermanos protegían a las hermanas siempre. Por eso, era mejor que los amigos íntimos evitaran esa posible fuente de conflictos.

Aunque Edward no lo había dicho, esa había sido una de las razones para negarse al principio. Ahora, al aceptar, no se podía decir que había roto aquel acuerdo, ya que la propuesta había venido del propio Henry. Por otro lado, la idea inicial era alejar a Katie de Albert McMurray, pero, también, darle una lección de frustración. Es decir, que el acuerdo ya daba por supuesto que el flirteo iba a acabar mal. Esa era precisamente la forma en que Henry quería proteger a Katie, dándole una lección de vida.

Pero la pregunta que acababa de hacer Edward ponía delante de ellos la parte más incómoda de la relación entre amigos y hermanas: el sexo.

Porque los amigos no hablaban entre ellos de sexo con las hermanas del otro.

Sin embargo, esta vez era inevitable.

Henry empezó a caminar por la habitación, mientras pensaba qué le tenía que responder a Edward. Lo que le habría gustado responderle era que no le tocara un pelo a su hermana. Nada de roces intencionados. Ni siquiera un beso inocente en la mejilla. Que se mantuviera a medio metro de ella al menos.

Sí, eso quería decirle.

Pero también era absurdo.

Si quería que Katie se quitara de la cabeza a McMurray, había que romper aquellos límites. Había que ir, incluso, mucho más allá. Katie necesitaba sentir a un hombre en su piel. Necesitaba convertirse en una mujer, sentir que su pulso y su respiración se aceleraban ante caricias reales. Excitarse. Desear. Sentirse deseada.

Sí, la respuesta era incómoda, pero no podía ser otra.

—El límite es no acostarte con ella.

Las pupilas de Edward se dilataron.

—¿Solo?

Henry suspiró y respondió:

—Sí. Solo.

# Capítulo 8:

—¡Oh, es precioso!

En cualquier otra ocasión, Henry habría disfrutado al ver a su tímida hermana Elsie tan contenta y expresiva, pero estaba demasiado preocupado como para disfrutar del momento.

Por primera vez iban en el mismo carruaje, rumbo a un baile, cinco hermanos.

Desde que se habían quedado sin padres y Henry había asumido el título de conde, el ritual de los bailes había ido cambiando cada año.

Los dos primeros años había ido Henry solo, ya que era el único que tenía la mayoría de edad. Aquellos dos años habían sido los peores para él. Todo era nuevo y complicado, además de muy triste. Pero a medida que habían ido pasando los años, nuevos hermanos habían ocupado aquel coche. Primero había sido Nigel, al cumplir veintiún años, luego, Katie, que, como mujer, había sido presentada en sociedad antes que los chicos, con dieciocho años. Más adelante se incorporó Beatrice. Hacía tan solo unos meses, se había incorporado Christian, al cumplir veintiún años, y ese día le tocaba el turno a Elsie, que acababa de cumplir dieciocho.

Habían llenado el coche. Cuando se incorporaran los dos hermanos pequeños, John y Helene, más valía que alguno de los mayores estuviera ya casado, haciendo su propia vida con su propio coche de caballos, porque, si no, deberían ir a los bailes en dos coches. En cualquier caso, aquel problema era aún lejano.

Elsie, que era lo contrario que Katie, es decir, era tranquila, se conformaba con poco y siempre estaba de buen humor, miraba por la ventanilla entusiasmada cómo se acercaban al fastuoso palacio en el que iba a tener lugar su primer baile, ajena a aquellas preocupaciones que solo le rondaban a Henry.

Habían pasado tres semanas desde el día en que había llegado a un acuerdo con Edward, las tres semanas más difíciles con Katie desde que él se había convertido en conde.

Durante aquellas semanas su hermana había pasado de los gritos por cualquier cosa —desde un bollo del desayuno más caliente de lo que ella quería, hasta un roto en el dobladillo de un vestido —a estar encerrada en su habitación suspirando durante horas por su "gran amor" McMurray.

Cuando la había visto tan apagada, Henry había intentado consolarla. Era la primera vez que la veía así, tan triste. Ni siquiera en la muerte de sus padres se había mostrado de aquella manera tan vulnerable. Henry no dudaba de que Katie había sufrido igual que el resto de los hermanos, pero era la única que no había derramado ni una lágrima, ni cuando se había enterado, en medio de la noche, ni en el funeral en el que todos los hermanos se mostraron desconsolados, ni las semanas siguientes. Solo se había mostrado enfadada, muy enfadada. Aún más de lo habitual. Katie era así, expresaba sus sentimientos de formas diferentes, mucho más explosivas y difíciles para quienes estaban a su lado.

Ahora seguía sin llorar, pero se mostraba, por primera vez en su vida, triste y vulnerable. Aquello le había roto el corazón a Henry y al resto de hermanos. Todos habían intentado acercarse a ella para consolarla, pero entonces había aparecido la cara iracunda de Katie, sus gritos y malos modos por cualquier tontería y, al final, todos habían huído de ella, como siempre por otro lado. Por suerte, Millie, su doncella, se ocupaba de ella estuviera como estuviera, le pagaban por ello, claro, pero Henry sabía que la joven la apreciaba a pesar de todo.

Esa mezcla de pena por ella y rabia por su carácter insoportable había tenido a Henry agotado aquellas tres semanas, por suerte, tocaba ya a su fin, pero la incertidumbre por lo que iba a pasar en el baile donde iba a ponerse en marcha su plan, le tenía tenso y nervioso también.

Tenía una baza a su favor: Edward.

Confiaba en él. Era su mejor amigo e iba a hacer todo lo posible por ayudarlo, además, sabía que manejaba perfectamente el arte de la seducción, le había visto utilizarlo a menudo, pero, sobre todo, confiaba en su espíritu competitivo: Edward no iba a aceptar un no de Katie.

# Capítulo 9:

Cuatro carruajes por delante del de los Ashcombe estaba el de Edward Montague, Duque de Blackmoor. Se trataba de un carruaje aún más lujoso que el de su amigo. Uno de los tres carruajes más lujosos que se iban a ver en aquel baile que iba a reunir a la flor y nata de la aristocracia británica.

El ducado de Blackmoor llevaba ya cinco generaciones recayendo, en su totalidad, en una sola persona. Durante esas cinco generaciones los herederos habían sido siempre hijos únicos y, por tanto, no había habido ninguna partición de herencia ni reparto de títulos menores. Eso hacía que Edward fuera dueño de dos palacios en Londres, otros seis repartidos en toda Gran Bretaña, con sus miles de hectáreas asociadas.Tenía, además del título principal: Duque de Blackmoor, otros doce subsidiarios: ducados, condados y marquesados que le iban a permitir, cuando se casara, dotar a sus hijos de la mejor manera posible. Edward era, por tanto, uno de los hombres más poderosos de Gran Bretaña, por sus títulos y por sus posesiones.

Por si esto fuera poco, la naturaleza le había dotado con un atractivo evidente. Era alto, más que la media, aunque no tanto como su amigo Henry, que medía un metro noventa. Tenía un cuerpo fuerte y musculado, fruto de su pasión por el ejercicio al aire libre, sobre todo la natación, que practicaba en su palacio de Oxfordshire, al noroeste de Londres, en el tramo del río Támesis que pasaba por su propiedad. También tenía un exótico pelo negro brillante y los ojos azules intensos, ambos heredados de su madre, una irlandesa bellísima que, por desgracia, había muerto en el parto de él.

Aquella había sido la única desgracia que había padecido en su vida. Una desgracia llevadera, ya que, aunque había sentido la

ausencia de una madre, había estado rodeado por el cuidado de criadas y amas, que lo habían malcriado sin límite.

Su padre, que era serio y circunspecto, también había sido benévolo con él y el único disgusto que le había dado había sido morirse demasiado pronto, a la edad de sesenta años, cuando Edward contaba veintiséis, es decir, un año atrás.

En cualquier caso, aquel hecho luctuoso también había sido bastante llevadero para él. Cuando murió su padre, llevaba cinco años acompañando a su amigo Henry en el proceso de aprender a ser un noble con responsabilidades. Muchos de los problemas que había tenido Henry los habían solucionado entre los dos. Además, él partía con una ventaja añadida, no tenía hermanos a los que cuidar y de los que preocuparse.

Por todas esas razones, su entrada en la vida adulta había sido relativamente fácil. Ya llevaba un año siendo duque y lo cierto es que solo le veía ventajas. Las responsabilidades añadidas a su título eran llevaderas, sobre todo porque su padre también le había dejado en herencia un administrador estupendo que se encargaba de todo con eficiencia y dándole buenos beneficios. Por otro lado, tenía menos presión que su amigo en la cámara de los lores. Aquellas cosas también se heredaban y su padre había sido un lord tranquilo que apenas participaba, como de él no se esperaba más, la mayoría de las veces acudía como simple testigo de las discusiones entre otros.

Era cierto que él tenía más interés en la política que su padre e ideas más combativas en algunos aspectos, pero normalmente canalizaba sus opiniones a través de Henry. Como de él sí se esperaban muchas intervenciones, algunas de ellas eran opiniones de Edward.

Y, finalmente, un tema que solía preocupar a los jóvenes, las relaciones con el sexo contrario, tampoco le había traído apenas quebraderos de cabeza.

Teniendo en cuenta su título y posesiones, jamás le habrían faltado pretendientes alrededor, chicas jóvenes en busca de un buen partido, pero es que la naturaleza también había sido benigna con él

y gracias a su físico atractivo, también se le acercaban mujeres que no buscaban un matrimonio, sino tan solo sexo.

Respecto a lo primero, el matrimonio, se mantenía a una distancia prudencial de las jóvenes aspirantes. Tenía ya veintisiete años y había empezado a tomarse el tema un poco más en serio. En unos cinco años, tendría que casarse y para ello debía hacer una buena elección. Lo cierto era que las jóvenes que serían casaderas cuando él estuviera dispuesto a casarse, aún no habían sido presentadas en sociedad, porque no tenía ni una duda de que su futura esposa debía ser mucho más joven que él, así que por el momento se limitaba a observar a las jóvenes casaderas más como un catálogo de lo que sería deseable y lo que no, que tomándolas en serio. De hecho, intentaba mantener distancia con ellas y sus madres y tenía como norma no bailar más de una pieza con cada una de ellas, para que no se hicieran ilusiones.

Respecto a lo segundo, el sexo, esa era la parte de su vida adulta que más le gustaba.

Había perdido la virginidad con diecisiete años, con una criada que había estado tres meses tan solo en su palacio. La joven, preciosa y divertida, le había enseñado a perder el miedo y a disfrutar. Había sido todo tan perfecto, que alguna vez había pensado que en realidad la joven, que había aparecido y desaparecido de palacio sin explicaciones, había sido contratada por su padre precisamente para eso: para hacerle un hombre pleno.

La idea era un poco extraña, pero no la descartaba y, si era así, había salido bien, ya que después de que ella se fuera, había entrado en el mundo adulto sin miedo y había tenido numerosas amantes.

En aquel momento no tenía una amante fija, aunque no le faltaban mujeres deseosas de entrar en su lecho. Casi mejor, así podía concentrarse en lo que le había pedido Henry.

Aunque se podía decir que aquel encargo estaba resultando, antes de comenzar, como mínimo inquietante, si no incómodo.

Mientras esperaba en una larga fila de coches a que el suyo llegara a la escalinata del palacio en el que iba a tener lugar el baile,

Edward recapituló lo que llevaba tres semanas dándole dolores de cabeza.

Ya tenía claro que su primera respuesta a Henry había sido la correcta: no era buena idea intentar seducir a Katie Ashcombe. Sí lo era para su hermano y no negaba que a medio plazo podía ser bueno para ella también, pero no era bueno para él.

Había tenido una vida tranquila y sin sobresaltos hasta entonces. Una vida fácil y agradable, y sospechaba que eso estaba a punto de terminar.

Por un lado, no era fácil intentar seducir a una joven que ya estaba enamorada de otro. Tenía plena confianza en sí mismo y un espíritu competitivo, tal y como había adivinado Henry, pero no iba a ser fácil. Nunca le había costado conseguir a las mujeres que deseaba, pero eso había sido así porque la mayoría de ellas se habían echado a sus brazos sin que él hiciera nada. Katie iba a ser la primera mujer a la que iba a tratar de seducir de verdad y ahí venía el segundo problema: se trataba de Katie.

Él la conocía desde niña, pero sin tener apenas trato con ella. Se llevaban cuatro años, que ya no era una diferencia significativa, pero de niños cuatro años es un mundo. Y había otra razón de que no la conociera a fondo y era precisamente su carácter endiablado: siempre había mantenido las distancias con ella.

La había visto crecer, pasar de ser una niña preciosa a una joven más preciosa aún, porque no se podía negar que Katie tenía una belleza llamativa, con aquel pelo tan rubio, herencia de su padre, pero lo había hecho desde la distancia. Conocía todos los problemas que le había dado a Henry, pero nunca le habían salpicado a él, exceptuando la anécdota del tiesto que, como había dicho el mismo Henry, era la única de sus salidas de tono que tenía justificación.

Así que sí, Edward estaba un pelín nervioso.

Quizá algo más que un pelín, pero era demasiado orgulloso para reconocerlo.

Lo que hizo, una vez su coche llegó a la escalinata de entrada fue respirar hondo y, antes de bajarse con seguridad, decirse a sí mismo:

—Eres Edward Montague, Duque de Blackmoor, y no hay reto que se te resista.

Capítulo 10:

Teniendo en cuenta que nunca había tenido que enfrentarse a un solo reto en su vida, la frase de Edward era tan solo una declaración de intenciones sobre el futuro.

Cuatro coches por detrás del suyo, el objeto de su reto, Katie, sí tenía una larga lista de éxitos en todos los retos que se había ido proponiendo en la vida: siempre se había salido con la suya.

Menos con el último, claro.

Pero en aquel momento, con la frente apoyada en el cristal del coche, Katie estaba mucho más optimista que los días atrás.

De hecho, estaba optimista del todo.

Iba a volver a ver a Albert McMurray e iba a bailar con él. Ese era su plan: conseguir que la sacara a bailar, una sola vez. Después de eso, estaba convencida, él iba a caer rendidamente enamorado de ella, como le había ocurrido a ella con él.

Había urdido el plan dos noches atrás, cuando se había enterado de que ambos iban a acudir al mismo baile. No había pensado nada más, solo que tenía que conseguir un baile con Albert, algo que, por lo demás, no era imposible. Bastaba con que empezara a bailar con cualquier otro que estuviera cerca de él y en el cambio de pareja acabaría entre sus brazos.

Y todo se arreglaría.

Capítulo 11:

La primera parte del plan era factible, pero la segunda era absurda. A pesar de que habían coincidido en muchos bailes cuando él aún era soltero, Albert McMurray nunca se había fijado en Katie, y eso que era una joven preciosa. Pero es que Albert no era el tipo de hombre que se dejaba llevar por el físico y la prueba era la mujer con la que estaba casado.

La mujer que McMurray había escogido como esposa no era especialmente bella ni tenía una enorme dote de respaldo, era la quinta hija de un barón que solo había tenido hijas. Pero era inteligente. Y divertida. Y buena persona. Eso era lo que buscaba McMurray y eso era lo que había encontrado. Además, algo extraño entre los nobles, McMurray estaba profundamente enamorado de su recién estrenada esposa. Cabía la posibilidad de que Katie consiguiera bailar con él pero era lo único que iba a conseguir. Además de una enorme frustración.

El futuro, por tanto, se avecinaba oscuro, tanto para Katie como para Henry que temía que Katie pudiera montar una de sus rabietas en público.

Por suerte, los planes de Katie salieron mal desde el principio.

# Capítulo 12:

—Disculpe, quiero pasar.

Katie no se había fijado en la persona que le cortaba el paso hacia su objetivo, es decir, hacia Albert.

Llevaba ya cinco minutos dentro del gran salón en el que se iba a celebrar el baile y habían sido los cinco minutos más largos de su vida. Junto a sus hermanos, había tenido que seguir el ritual de saludos, desde los anfitriones del baile, hasta todos y cada uno de los amigos y conocidos de sus padres. Esto era siempre así, su desgracia y posterior situación familiar habían levantado la curiosidad y simpatía de mucha gente. Una curiosidad y simpatía que se habían quedado en preguntas y sonrisas de conmiseración en la mayoría de los casos, porque muy poca gente los había ayudado de verdad, pero, en cualquier caso, debían pagar el precio de la curiosidad de los demás. Al fin y al cabo, de eso trataba pertenecer a una familia noble: una interminable lista de actos de protocolo y cortesía. Una vida de guardar las apariencias, en definitiva.

Justo lo que Katie no soportaba.

Todo el mundo pensaba que Katie era una malcriada, pero ella sabía que fundamentalmente era una inconformista. Una luchadora contra lo establecido.

Por eso precisamente se había enamorado de un hombre casado y por eso iba a luchar por conseguirlo.

Pero, por desgracia, siempre aparecían obstáculos inesperados. Justo cuando había terminado con los saludos de compromiso y había conseguido desprenderse del control al que le sometía su hermano Henry diciéndole que iba a acercarse a la mesa donde estaban repartiendo ponche, apareció Albert en su campo visual. Agarrado a su esposa, pero cerca de la mesa donde estaban repartiendo la bebida.

Después de respirar hondo para calmar el pellizco desagradable que le había dado su estómago cuando había visto a la esposa de Albert, Katie se felicitó por su buena suerte. Se acercaría a la mesa, cogería su ponche y, con un poco de suerte, la música empezaría a sonar. Luego, solo tenía que poner ojitos para que cualquier hombre que estuviera cerca de ella le pidiera bailar, algo facilísimo, ya que su belleza siempre atraía a los hombres como moscones a la miel. Y, al empezar a bailar, solo tendría que dirigir sigilosamente a su pareja hacia el lugar donde bailaban Albert y su esposa, para que en el cambio de pareja acabara entre sus brazos.

Todo encajaría perfectamente, como estaba encajando en su cabeza, pero cuando ya había recorrido la mitad de su camino, en una zona despejada del gran salón, apareció de repente en medio de su camino un cuerpo grande que le impedía el paso.

Era un hombre, era alto y fuerte y no le interesaba, solo le molestaba, así que no le miró a la cara siquiera y se limitó a pedirle que le dejara pasar. Pero entonces el cuerpo, que pertenecía a un hombre, le contestó:

—Hola Katie.

Y no tuvo más remedio que alzar el rostro y mirar quién era.

Capítulo 13:

—Ah, Hola… ¿Ed?

Katie sabía perfectamente quién le había cortado el paso: el irritante mejor amigo de su hermano, pero ella lo único que quería era que se apartara de su camino, así que aquel "¿Ed?" con interrogante había ido con mala idea: para demostrarle que ni le importaba ni quería perder el tiempo con él.

De hecho, nada más soltar aquella respuesta evasiva al saludo de él, apartó la mirada y se movió hacia la derecha, para esquivarle y seguir su camino, rumbo a Albert. Pero, casi inmediatamente, Edward se movió hacia su izquierda y le cerró de nuevo el paso.

Cabía la posibilidad de que la primera vez hubiera ocurrido por casualidad, pero ahora ya no. Estaba claro que Edward estaba intentando parar su trayectoria. Katie se quedó parada, sin moverse. Se tomó unos segundos para intentar descifrar qué estaba ocurriendo, no fue capaz de hacerlo, así que decidió cortar por lo sano.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Había vuelto a levantar la cara y ahora apuntaba su naricilla hacia lo alto, hacia el rostro de Edward.

—Quiero bailar contigo.

La respuesta, inesperada, hizo que Katie vacilara por primera vez.

Y olvidara a Albert.

—¿Bailar conmigo?

Katie tenía el ceño fruncido, pero esta vez no era porque estuviera enfadada, sino porque no entendía lo que estaba ocurriendo.

Conocía a Edward, por supuesto, era el mejor amigo de su hermano y una presencia habitual en su palacio, pero en toda su vida apenas había intercambiado un par de frases con él. La diferencia de edad, pero también que fuera amigo de Henry, habían

hecho que se mantuvieran siempre en la distancia. Y Katie sabía que esta distancia no solo la propiciaba ella, sino que partía de Edward también, así que lo que estaba ocurriendo no tenía ni un sentido.

Y a Katie no le gustaban las cosas que no podía controlar. Pero Edward, en su respuesta, no hizo más que ahondar en el misterio:

—¿Con quién si no, Katie?

Era la segunda vez que escuchaba su nombre en labios de él. La primera se había quedado solo con la sorpresa por el bloqueo del camino, pero ahora surtió un efecto inesperado en ella.

Aquel "Katie" en la voz de Edward sonaba como nunca lo había escuchado: profundo e intenso. Y no solo fue el sonido, fueron también un montón de sensaciones añadidas. Su cuerpo entero reaccionó: la piel se volvió más sensible, el vello de sus brazos se levantó, su estómago se llenó de una calidez muy agradable, y una corriente de energía dulce la recorrió entera.

Ya no solo eran raras las reacciones de él, sino las suyas también. Y aquello le gustó menos aún.

—No sé con quién, pero conmigo no, desde luego.

Respondió, con toda la aspereza que podía, y se movió esta vez hacia la izquierda, ya no con intención de acercarse a Albert, al que seguía sin recordar, sino para alejarse de aquella situación perturbadora.

Pero, de nuevo, Edward pareció adivinar sus intenciones al mismo tiempo que ella y se movió hacia su derecha, cortándole de nuevo el paso.

Esta vez Katie no se tomó su tiempo, sino que levantó la mirada inmediatamente.

A Edward le pasaba algo con ella y era algo que había ocurrido de repente. La última vez que lo había visto había sido tres semanas atrás, en su palacio. Aquel día había ocurrido lo de siempre, que ambos se habían ignorado. De hecho, ni siquiera se habían saludado, no por mala educación, sino porque su relación había sido siempre así, solo se habían relacionado, mínimamente, cuando no había quedado más remedio.

Y ahora, de repente, él aparecía ante ella insistente y molesto.

Lo miró intentando descifrar lo que estaba ocurriendo.

Y entonces, por primera vez en su vida, pensó que era terriblemente atractivo. Tenía un pelo negro ondulado y brillante que era éxotico y parecía sedoso.

Perturbada con lo que acababa de pensar, se fijó entonces en sus ojos. Eran de un azul intenso, más oscuros que los de ella, pero tan bonitos, si no más.

Se quedó mirándolos fijamente y, de nuevo, le pasó algo extraño.

Volvió a notar una corriente cálida por todo su cuerpo, pero esta vez mucho más perturbadora. Sintió la calidez, pero también algo que podía llamarse necesidad. De tocarlo.

Estaba claro que el pelo y los ojos de Edward estaban ejerciendo una influencia extraña en ella. Así que volvió a cambiar el centro de su atención y la fijó en sus labios.

Unos labios gruesos y bien definidos. Rosados y suaves.

Bueno, no sabía si eran suaves, pero pensó que le gustaría comprobarlo con las yemas de sus dedos.

—No sé a qué viene todo esto, pero no pienso bailar contigo por nada del mundo.

La frase le salió casi como un exabrupto, pero esta vez más contra ella misma que contra él.

Lo que acababa de ocurrir era lo más extraño que le había ocurrido en su vida. Estaba claro que el rostro de Edward le había hecho pensar cosas que no había pensado nunca, ni siquiera con Albert. Y aquello no le había gustado nada y, queriendo huir de lo que sentía, había dirigido su ira contra él.

Pero Edward no solo no se alteró, sino que curvó aquellos labios tentadores hacia arriba.

Sí, sonrió.

Y a ella le entraron unos deseos casi irrefrenables de besarlo e, inmediatamente, asustada por lo que acababa de pensar, de soltarle un bofetón.

No lo hizo, porque justo, en ese momento, empezó a sonar la música.

Capítulo 14:

La melodía, suave y armoniosa, tuvo un efecto inmediato en el ánimo de Katie. La rabia se diluyó y en su lugar apareció el desconcierto.

Un desconcierto que aumentó cuando vió la reacción de Edward.

Estaba ante ella, sonriente y con su mano derecha extendida hacia ella, en un claro gesto de invitarla a bailar.

Katie miró su mano, luego lo miró a los ojos y, finalmente, miró a su alrededor.

Edward la había interceptado a medio camino hacia la mesa donde se repartía ponche, pero había estado tan centrada en la conversación con él, que no se había fijado en el lugar exacto en el que estaban detenidos. Ahora lo hizo y su asombro creció: estaban en el único lugar en el que pasaban totalmente desapercibidos, justo al lado de una columna a su derecha y otra a su izquierda. Solo quien estuviera muy cerca de ellos podría verlos, pero como estaban también en una esquina del gran salón, alejada de los lugares en que estaban los músicos, los anfitriones y la mesa con las viandas, no había nadie a su alrededor. Nadie había visto su encontronazo ni se había fijado en la tensa conversación que habían mantenido. Es decir, estaban libres de las miradas indiscretas y los cotilleos.

Seguramente Edward había planeado bien dónde interceptarla para mantener esa discreción, lo cual le confirmaba que nada había sido casual, que Edward, de repente, estaba interesado en ella.

Pero ella no iba a cooperar en absoluto con aquel delirio absurdo. Por primera vez en su vida no iba a montar un escándalo, no quería asustar a Albert y alejarlo de ella, pero iba a mostrarse firme todo lo que hiciera falta. A Edward tampoco le interesaba montar un escándalo, así que simplemente tenía que responder a la

insistencia de él hasta que finalmente se diera por vencido. Respiró hondo y le dijo:

—Déjame pasar, Edward, ya te he dicho que no voy a bailar contigo.

Él levantó una ceja, sin dejar de sonreír y le señaló a su alrededor.

De repente, en los pocos segundos que ella había apartado la vista del salón, todo había cambiado. Ya no estaban ocultos, sino rodeados de parejas bailando a su alrededor. Todo el mundo se había puesto en movimiento al oír la música y la pretensión de Katie de terminar de atravesar el salón para acercarse a la zona donde estaba Albert ya no tenía sentido. O sí, pero sólo si lo hacía apartando a las parejas que bailaban e incluso chocando con ellas.

Era como si el destino se hubiera conjugado con Edward. Ahora tenía que quedarse parada con él en aquel lugar, a esperar a que terminara aquella pieza de música que conocía y era irritantemente larga.

O ceder y bailar con él.

Con el ceño fruncido, valoró las dos opciones un momento. No era una elección fácil, ya que las dos eran horribles. No quería mantenerse a su lado aquellos minutos que se le iban a hacer eternos, pero tampoco quería rendirse y darle lo que quería, no, no podía bailar con él, no podía ser que Edward fuera la primera persona que la doblegara, a no ser que…, empezó a dudar, a no ser que ganara algo con ello.

Y de repente, lo vio:

—De acuerdo, pero solo esta pieza.

# Capítulo 15:

Edward parpadeó y su sonrisa se aflojó. Fue apenas un segundo, enseguida volvió a mostrar la sonrisa irritante, pero bastó esa pequeña vacilación para que ella se sintiera satisfecha. A Edward le había desconcertado su brusco cambio de opinión, es decir, ella había ganado.

No lo había hecho por eso, pero ese efecto añadido le hizo sonreír de oreja a oreja, victoriosa.

Había aceptado bailar con él porque, de repente, se había dado cuenta de que lo que Edward le proponía encajaba perfectamente en lo que ella quería.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Su plan original había sido engatusar a cualquiera para que la sacará a bailar, acercarse poco a poco a donde estaba Albert y propiciar de esa manera que el cambio de pareja le llevara a los brazos de él.

Sin tener que esforzarse nada, tenía ante sí a un hombre que estaba deseoso de bailar con ella. Demasiado, eso era cierto, pero, ¿qué importaba? Lo único que importaba era que Edward había dejado de ser en un moscón molesto para convertirse en instrumento de su plan.

Y ella iba a usarlo.

Por eso, para terminar de animar a Edward que, aunque sonreía ampliamente, mostraba en su mirada el desconcierto por su cambio de planes, dio un paso al frente y posó su mano derecha sobre el hombro de él.

Edward, entendiendo el mensaje, pasó su brazo por la cintura de ella y la acercó a él, sin llegar a pegar sus cuerpos, pero lo suficientemente cerca como para que notaran el calor que emanaba de ellos.

Y al unísono, empezaron a bailar.

# Capítulo 16:

El plan de Katie había sido conseguir estar entre los brazos de Albert para que él no solo se fijara en ella, sino que sintiera lo mismo que había sentido ella. Había estado convencida de que el contacto físico abría a sentimientos intensos a los que no se podía acceder de otra manera.

Y, de repente, comprobó que era cierto. Pero con otro hombre.

Nada más notar el brazo de Edward rodeando su cintura, una corriente, nueva e intensa, atravesó todo su cuerpo. Y esa corriente se intensificó cuando empezaron a bailar. De repente, sintió como si ambos se disolvieran en la música, como si se hicieran un solo ser con ella. Y el calor que emanaba del cuerpo de él la envolvió, como si estuviera en el lugar más seguro que podía estar, como si fuera el único en el que debía estar.

No se permitió sentir aquello más que unos segundos, los que necesitó para darse cuenta de que aquello no tenía que estar ocurriendo.

Lo que tenía que estar ocurriendo era estar entre los brazos de Albert y que él sintiera lo que ella estaba sintiendo en ese momento con Edward.

Cuando sus pensamientos llegaron a ese punto, los cortó, de cuajo. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que acababa de pensar en Albert por comparación con Edward. Y también cortó este pensamiento.

Y se centró en Albert.

El hombre por el que llevaba tres semanas suspirando y al que había olvidado los últimos minutos, pero que volvía a ser el centro de su vida.

O debía serlo.

Tuvo que hacer un esfuerzo porque esto último se volviera realidad. Seguía notando la mano cálida de Edward en su cintura, su calor y su perfume, sutil, pero muy masculino. Todo aquello se inmiscuía en lo que debía pensar, que era Albert . Debía…, pero le estaba costando.

Hasta que lo encontró, bailando con su esposa, alejado unos metros de ellos, pero lo suficientemente cerca como para que en un par de giros se pusieran a su lado.

Aquello sirvió para que se centrara por fín.

Ahora le tocaba dirigir sus pasos sutilmente hacia donde estaba Albert. Calculó que tenía un minuto más o menos hasta que la música cambiara, señalando el momento en el que debían cambiar de pareja. Era tiempo suficiente para que el acercamiento fuera sutil, muy sutil. Tenía que serlo, ya que quien dirigía el baile debía ser el hombre, eso es lo que marcaba la norma social y por eso era necesario mucho cuidado para hacerlo sin que él se diera cuenta de que era ella quien estaba al mando.

Esto no le preocupaba, ya que no era la primera vez que hacía algo así. De hecho, llevaba haciéndolo varios años, desde que había acudido a su primer baile. En los casos anteriores, lo había hecho para conseguir lo contrario que ahora, es decir, para alejarse de hombres con los que no quería que le tocara hacer cambio de pareja, pero el procedimiento era el mismo: mover ligeramente sus pies hacia la zona que le interesaba, para que su pareja corrigiera la dirección mínimamente sin darse cuenta. A veces, había conseguido cambiar su trayectoria en pocos segundos, al percatarse tarde de que estaba a punto de producirse un cambio de música y estaba cerca de alguien que no le interesaba, ahora tenía tiempo de sobra. En cualquier caso, decidió empezar ya a moverse, milímetro a milímetro, hacia la dirección adecuada.

Y lo hizo.

Y se dio cuenta de que esta vez pasaba algo distinto.

Capítulo 17:

Katie no fue la única que sintió algo especial cuando comenzaron a bailar, a Edward le pasó exactamente lo mismo. Sus sensaciones eran un calco de las de Katie: la misma corriente cálida por todo su cuerpo, la misma emoción al sentir el cuerpo de Katie en su mano… Estaban sintiendo todo de manera tan similar que si ambos lo hubieran sabido, se habrían preocupado aún más de lo que lo estaban.

Porque Edward ya estaba preocupado.

Las cosas estaban saliendo bien y, al mismo tiempo, no.

Le había costado convencer a Katie para bailar, pero aquello entraba dentro de lo esperado: la "terrible Katie", que llevaba seis años torturando a su mejor amigo, no iba a ponérselo fácil, ya había contado con ello.

Pero lo que le preocupaba no tenía nada que ver con el plan, sino con él mismo y con sus reacciones.Katie era diferente a todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Era difícil, pero, por eso mismo, terriblemente atractiva. Sí, Katie le estaba resultando atractiva. Y, para colmo, cuando por fin había conseguido doblegarla y que aceptara bailar con él, habían venido todas aquellas sensaciones en su cuerpo, tan agradables, tan diferentes a lo que había sentido hasta entonces, tan perturbadoras.

En todo eso iba pensando mientras bailaban en perfecta armonía, cuando, de repente, notó que algo extraño empezó a suceder.

Notó cómo su trayectoria cambiaba mínimamente. Con cualquier otra mujer no se habría dado cuenta, pero con Katie hasta lo más sutil tenía un efecto palpable en él.

Se fijó y sí, ella estaba haciéndole girar y desplazarse hacia su derecha. Lo estaba haciendo de manera casi imperceptible, pero no había duda. Y entonces la miró a los ojos y vió un brillo nuevo en

ellos, y luego dirigió la mirada hacia el lugar al que ella quería dirigirse y lo vio.

Y lo supo.

Capítulo 18:

¡Maldita sea!, pensó para sus adentros. Había estado tan concentrado en sus sentimientos y pensamientos que se le había olvidado que con Katie no podía haber ni un momento de respiro.

Enseguida entendió la estrategia de Katie y supo que tenía que abortarla: no podían acabar al lado de McMurray. Todo lo que había conseguido hasta el momento, es decir, que ella se olvidara de él, se iría por la borda. Además de que era un golpe para su orgullo, porque supondría que iba a perder estrepitosamente el duelo que llevaban manteniendo Katie y él desde hacía unos minutos.

Y con esa idea en mente se dispuso a evitar que Katie se saliera con la suya.

Y entonces llegó el momento más absurdo que había vivido en su vida.

Al principio casi imperceptiblemente, como estaba haciendo ella, se dispuso a corregir el gesto de Katie hacia la derecha empujando levemente hacia la izquierda. Un movimiento más leve aún del que estaba haciendo ella, pero que, por supuesto, no le pasó desapercibido a Katie.

Y ella entonces empujó un poco más hacia la derecha, en un movimiento mucho menos discreto. Y él trató de corregirla, imponiendo su trayectoria y ayudado por su mayor envergadura y por la mano que agarraba la cintura de ella.

Y Katie se resistió de manera nada sutil. Y los dos se miraron a los ojos y supieron que estaban metidos, de nuevo, en un duelo.

Y ambos se dispusieron a ganarlo.

Estaban tan concentrados en su conflicto, que no se dieron cuenta de que su comportamiento estaba teniendo testigos.

Al principio solo se fijaron las parejas que estaban más cerca de ellos, que empezaron a mirar con desconcierto cómo hacían

movimientos extraños, pero poco a poco el desconcierto que provocaban se extendió por todo el salón. Mientras todas las parejas bailaban con armonía al son de la música, todas moviéndose hacia el mismo sitio y manteniendo la distancia con las demás, Katie y Edward se movían como si fueran un animal recién liberado del corral o como si tuvieran demasiado alcohol en las venas. Sus movimientos eran bruscos e impredecibles, ahora iban hacia al derecha, luego hacia la izquierda, adelante y atrás sin lógica, con un ritmo diferente al de la música y, de vez en cuando, chocando con alguna pareja cercana y siguiendo con su movimiento errático sin disculparse.

Y para animar aún más las malas lenguas, estaban aderezando todo aquello con miradas de fuego entre ellos. Era imposible para cualquiera que centrara su mirada en ellos apartarla después.

Todo aquello hizo que, cuando ocurrió el accidente, más de medio salón tuviera los ojos puestos en ellos.

Después del grito de Katie, fue el salón entero.

## Capítulo 19:

El accidente ocurrió así.

El tira y afloja entre ellos fue elevándose hasta que sus movimientos se volvieron erráticos y en absoluto acompasados con la música. Pero ambos habían perdido ya el decoro y la vergüenza, porque estaban empeñados en ganar aquella batalla que estaban entablando.

También habían perdido el sentido de la orientación y del espacio, solo tenían ojos para mirar fieramente al otro, y el resto de los sentidos, para intentar llevar su trayectoria hacia donde querían, es decir, Katie, hacia Albert y Edward, en la dirección opuesta.

Por eso no vieron el escalón.

Estaba en un extremo de la pista, al lado de una puerta que daba al jardín. No era alto, pero sí lo suficiente para torcer un tobillo si colocabas el pie en el borde y caía hacia la derecha. Que es lo que le ocurrió  Katie.

El dolor, agudo, le hizo pegar un grito que hizo que los músicos pararan de tocar.

La conjunción del grito con la ausencia de música hizo que todas las cabezas giraran, así que todo el mundo vio cómo Katie empezaba a caer, cómo Edward intentaba sujetarla y cómo acababa él también perdiendo el equilibrio y cayendo sobre ella.

Un hombre y una mujer tumbados en el suelo, con el hombre encima, la mujer debajo y todo el mundo mirando.

Se hablaría de aquello durante años.

Que sí, que todo el mundo sabía que la postura comprometida no había sido buscada, que había sido un accidente. También todo el mundo sabía que el rumor malicioso que se extendió unos días después era mentira. Un rumor que decía que Katie había levantado las piernas al caer y eso había hecho que su falda se deslizara hasta el nacimiento del muslo y que Edward había caído justo en medio de sus piernas abiertas.

Pero a pesar de saber todo esto, los chismosos y los que no lo eran tanto disfrutaron mucho con la anécdota.

Todos menos Katie y Edward, claro.

Y Henry, por supuesto.

Capítulo 20:

—Te puse como límite que no te acostaras con ella, pero quizá debía haber añadido que no la lastimaras.

Henry había hablado con ironía y humor, sin malicia. Solo estaba intentando tomar a broma lo que había ocurrido. Habían pasado ya veinticuatro horas desde el accidente y los ánimos se habían calmado un poco.

Henry y Edward estaban en el club de caballeros, en un apartado. Habían quedado expresamente para hablar de lo que había sucedido. En el palacio de Henry era imposible reunirse, porque estaba Katie, dolorida y más insoportable que nunca.

—¿Cómo está Katie? —le preguntó Edward, ignorando la broma de su amigo, porque él aún estaba conmocionado.

—Está bien, pero se ha roto el tobillo. No puede moverse del palacio y debe estar tumbada con el pie en alto durante un mes. O sea —terminó, después de un silencio grave —un infierno para todos los que la rodeamos.

—Entiendo —dijo Edward.

—No, no entiendes —le respondió Henry enseguida —Katie con dolor y sin moverse es lo más parecido a estar en el infierno. Nos tiene a todos esclavizados. Desde los criados a todos nosotros, incluído Nigel, que siempre se las ha arreglado para escapar de su furia. Pero esta vez es imposible. Está tumbada en el sofá del comedor por el que todos tenemos que pasar todos los días sin poder evitarlo. Nos pide cualquier cosa, desde que subamos los tres pisos del palacio hasta el desván, en busca de un cepillo que utilizaba de niña —y que no aparece y le provoca una rabieta — hasta que nos agachemos constantemente a recoger lo que se le cae de las manos, que es todo. —En este punto, Henry se calló un momento, para finalmente terminar, entornando los ojos — Espero que se cure pronto, porque si no…

—Estás exagerando.

Henry había hablado con la mirada perdida, pero en cuanto su amigo le cortó lo miró, extrañado.

—¿Exagerando?

—Sí. Katie es todo un carácter y no es fácil, pero tiene un lado encantador.

—¡¡¿Un lado encantador?!!

Henry no sabía qué le estaba asombrando más, aquella definición de Katie o que la estuviera haciendo su amigo.

—Quiero decir que entiendo que sea difícil convivir con ella, pero también creo que son admirables la fuerza y la determinación que tiene. Es una mujer… diferente.

A medida que su amigo se había ido explicando, Henry había levantado la ceja, asombrado, pero también agradablemente sorprendido, porque lo que estaba escuchando le convenía.

No tenía ni idea de qué había visto Edward de bueno en su hermana, porque esa fuerza y determinación de Katie que Edward acababa de describir como "encantadoras" eran su mayor tortura, pero él vería. Lo que sí sabía era que en ese momento aquello era una excelente noticia para él. Había acudido al club bastante tenso por lo que tenía que pedirle a Edward, aquel giro de los acontecimientos acababa de quitarle de encima toda esa tensión..

—Me alegro de que lo veas así, porque tengo que pedirte que continuemos con el plan.

Capítulo 21:

—¡Ah, no, eso no, Henry!

El semblante de Edward se había ensombrecido de golpe y ya no quedaba ni rastro de la sonrisa que había mostrado un instante antes. Al parecer, pensó Henry, desanimado, Katie solo era "encantadora" en la distancia. En cualquier caso, no tenía otra opción que insistir.

—Edward, solo será durante unos días, hasta que se recupere y pueda ponerse en pie.

—Me pediste que lo hiciera para que olvidara a McMurray y creo que eso lo he conseguido.

—El problema es que eso no es del todo cierto.

—¿No? —respondió Edward, escéptico —acabas de contarme todas las maneras que tiene Katie de torturarlos y no has mencionado en ningún momento a McMurray.

Henry suspiró antes de contestar.

—Eso creía yo al principio. Durante las primeras horas Katie no pronunció el nombre de McMurray ni una sola vez, solo pronunció el tuyo, muchas veces. Y no de manera agradable —empezó Henry con cara de circunstancias, aunque a Edward no le extrañó haber sido objeto de la furia de Katie dado lo que había ocurrido —pero a partir de esta mañana eso ha cambiado, apenas te ha mencionado y ha empezado a hablar de McMurray de nuevo. De hecho, dice que va a escribirle para contarle cómo está, para que no esté preocupado y para que venga a visitarla.

Después de escuchar lo último, Edward abrió los ojos como platos:

—Es un hombre casado, no puede escribirle. Por no decir que McMurray fue quizá la persona menos interesada en el ridículo que hicimos tu hermana y yo en el salón de baile. Solo tiene ojos para su esposa.

—A mi no tienes que convencerme de eso, Ed, lo sé perfectamente, pero el problema, como siempre, es Katie. Y ahora el problema es aún más urgente: cuando he salido del palacio, estaba escribiéndole la carta a McMurray. Les he dicho a los criados que no la envíen, pero no tenemos mucho tiempo, si mañana o, a muy tardar, pasado mañana, no recibe algún tipo de respuesta, hará algo más. Y cualquier avance va a suponer su desprestigio inevitable. Y el de todos nosotros.

Henry se quedó algo más tranquilo después de soltarle a su amigo lo que le preocupaba, pero ahora esa preocupación estaba sobre los hombros de Edward.

Y Edward, aunque apreciaba a su amigo, no estaba dispuesto a soportar un peso que no le pertenecía.

—Ya he cumplido con lo que me encargaste, ahora quiero desentenderme de todo, Henry. Es cierto que Katie tiene un lado fascinante, pero también que estar cerca de ella trae problemas. Lo he vivido personalmente: en toda mi vida no he pasado un ridículo más grande que el que hicimos en el gran salón, tirados en el suelo, con ella debajo de mi. Me gustaría olvidar ese momento. Y, sobre todo, me gustaría no darle oportunidad al destino para que ocurra nada igual, por eso, prefiero mantenerme alejado de ella.

—Puedes conseguir ambas cosas y, además, ayudarme. Ayudarnos —Edward suspiró y se dispuso a contestarle, pero Henry no le dio opción —Todo lo que te pido es que visites a Katie durante su convalecencia. Has conseguido que durante más de veinticuatro horas olvide a McMurray, si vienes al palacio todos los días, aunque sea media hora, lo olvidará todos los días. Tiene por delante cuatro semanas de convalecencia, durante ese tiempo, conseguiremos que lo olvide completamente.

—¡¡¿¿Cuatro semanas??!!

—Por otro lado, no pasará nada de lo que temes —continuó Henry, haciendo caso omiso de la exclamación de Edward —no vas a hacer el ridículo pase lo que pase, porque no habrá testigos, os dejaremos solos, les daré orden a los criados de no molestaros. Y, además —terminó sin darle tregua a Edward para contestar —, ayudarás a tu mejor amigo a pasar el peor trago de su vida, peor,

incluso, que los primeros meses como conde tras la muerte de sus padres.

Lo último había sido un golpe bajo dado con conocimiento. Estaba intentando manipular a Edward exagerando su problema, porque, por muy grave que fuera lo que estaba provocando Katie, no era comparable a lo que había vivido los primeros tiempos en su labor como conde. Pero lo dijo porque era por una buena causa. Y salió bien, porque, a pesar de las protestas iniciales, Edward, una vez más, claudicó.

—De acuerdo, Edward, te ayudaré, pero solo porque tengo curiosidad por Katie. y si se te ocurre pedirme que salga de los cuatro muros de tu palacio, olvídate de mí.

Henry no contestó. Se limitó a mostrar una sonrisa contenida, que no reflejaba en absoluto el inmenso alivio que acababa de sentir.

# Capítulo 22:

Edward había acudido al club de caballeros andando. Su palacio se encontraba a una milla del lugar, pero hacía un día agradable y había decidido aprovechar los rayos de sol que no solían abundar en el noviembre londinense.

Al final, la estancia en el club se había alargado, no por la conversación con Henry, que había acabado después del acuerdo entre ambos, sino porque después se habían unido a varios amigos y habían estado bebiendo y jugando al poker. En conclusión, cuando Edward decidió volver a su palacio ya había anochecido y el tímido sol que le había acompañado a la ida, se había convertido en una lluvia fina, pero persistente.

Ni iba adecuadamente vestido para la lluvia ni tenía muchas ganas de volver caminando tan tarde, pero se decidió a hacerlo porque la opción que le propuso Henry, volver con él en su coche, no le convenía para lo que quería hacer: pensar en Katie.

Si, durante la tarde no había tenido tiempo de poner sus pensamientos en orden y lo necesitaba. Y para eso, tenía que estar solo, aunque fuera incómodo y mojándose.

Así que salió con su amigo a la puerta del club, esperó a que él se marchara en su coche, no sin antes volver a decirle varias veces, ante su insistencia, que prefería volver andando y que sí, que al día siguiente iría a su palacio a visitar a Katie y, cuando el coche de su amigo giró en la esquina de la calle y lo perdió de vista, alzó los cuellos de su chaqueta de paño escocés y salió hacia su palacio bajo la lluvia.

Los primeros pasos le sorprendieron, la lluvia estaba fría y el paño de su traje no iba a tardar en mojarse, de modo que la humedad iba a llegar hasta su piel, pero no lo sintió desagradable. Al contrario, a pesar de la evidente incomodidad inicial, era también vivificante y excitante.

"Como Katie".

Ese pensamiento apareció en su mente de improviso, mientras daba los primeros pasos sobre el pavimento mojado, pero supo que era acertado.

Sí, mojarse bajo la lluvia un frío día de noviembre ante una caminata larga e incómoda y, sin embargo, sentirlo como algo deseable era un símil exacto de lo que le estaba ocurriendo con Katie.

Objetivamente, todo lo que le había ocurrido el día del baile se podía calificar como desagradable o muy desagradable, sin embargo, también había despertado su espíritu competitivo: Katie era tan fiera como él defendiendo sus posturas y aquello le espoleaba a él para intentar derrotarla.

Pero también había despertado su curiosidad.

Todas las mujeres que había conocido hasta entonces entraban en dos categorías:

Las más jóvenes, con intenciones casaderas, eran dóciles y dulces. Suaves y frágiles. Preciosidades que lucían de maravilla colgadas del brazo de cualquier hombre. Todas preocupadas por su aspecto físico, por gustar y por adular a los caballeros. Mujeres bonitas para poner en una vitrina, pero aburridas, muy aburridas. Hasta entonces, Edward no les había hecho mucho caso. El los bailes había bailado con ellas porque era lo que se suponía que tenía que hacer, en visitas a palacios había fingido que le interesaban las banalidades que le contaban y poco más. Aún era joven para pensar en casarse. Tenía claro que tarde o temprano acabaría casado con una joven de ese tipo. Una que envejecería junto a él y que dejaría de ser tan bella y tan complaciente, ya que eso era lo que veía en los matrimonios, pero nunca dejaría de ser aburrida.

Pero aún faltaba tiempo para que eso ocurriera, no antes de los treinta y cinco años, había decidido, así que, mientras tanto, se entretenía con el otro tipo de mujeres.

Estas podían ser casadas nobles o solteras de costumbres ligeras y alejadas de la nobleza. Eran, por supuesto, diferentes entre ellas, pero tenían características comunes: eran mujeres más interesantes que las primeras, con más vida a sus espaldas y, por

tanto, menos aburridas. También estaban descartadas para ser su futura esposa, pero, mientras llegaba el momento de sentar cabeza, se divertía con ellas y a muchas las había hecho sus amantes.

Sin embargo, Katie no pertenecía a ninguna de las dos categorías.

Katie era diferente.

Tenía la edad y el estatus de las jóvenes nobles casaderas y era una auténtica belleza, pero no era dócil ni complaciente y, sobre todo, no era aburrida.

De hecho, era la mujer menos aburrida que había conocido en toda su vida.

Katie era un reto permanente, aceptó para sí mismo cuando, ya totalmente empapado, estaba cerca de su palacio, y por eso le había dicho que sí a Henry por segunda vez.

Apreciaba a su amigo profundamente y quería ayudarle, pero no le había dicho que sí por eso, lo había dicho porque quería seguir conociendo a Katie.

Y aquello, no tenía duda, iba a ser cualquier cosa menos fácil.

Capítulo 23:

Estaba lloviendo. Llevaba todo el día lloviendo sin parar, al principio, con una lluvia fina, apenas bruma, pero con el paso de las horas, la lluvia había ido arreciando. Desde hacía dos horas los chaparrones eran constantes, con el ruido de truenos lejanos de vez en cuando y el fulgor de algunos rayos iluminando el cielo.

Un día de perros para prácticamente la totalidad de los Londinense, pero para ella, no.

Katie no protestaba con aquel tiempo porque encajaba perfectamente en su estado de ánimo: triste y tormentoso.

Llevaba encerrada en su palacio desde que se había roto el tobillo y no solo encerrada, sino que no podía hacer apenas nada, aparte de estar tumbada sobre el sofá del salón privado de la familia, viendo por la ventana cómo llovía.

El lugar no podía ser más bonito y acogedor. Aún mantenía el espíritu de su madre, que había impregnado su hogar con su suavidad y alegría. Las pareces estaban pintadas en un tranquilo amarillo suave, con frisos de escayola blanca formando cuadrados. Las cortinas y alfombras eran de cálidos tonos de beige, la chimenea, también blanca, crepitaba con un fuego suave pero constante, los adornos y muebles de la habitación estaban bien escogidos para que no fueran excesivos, pero transmitieran estilo y distinción y, sobre todo, calidez. Y el sofá sobre el que estaba recostada ella estaba tapizado en terciopelo azul cielo y estaba lleno de cojines mullidos, rellenos con el plumón más ligero, en tonos suaves y claros.

Aquel lugar era el favorito de todos los hermanos, también había sido el favorito de sus padres. Habían pasado las mejores horas de su infancia en él, abriendo los regalos de Navidad con el gran abeto adornado en el centro de la estancia, habían escuchado los cuentos que su madre inventaba para ellos en las noches de

invierno, o las experiencias en batallas que su padre exageraba para disfrute de ellos. Había sido el centro de su vida feliz y protegida.

Cuando sus padres fallecieron, la estancia no perdió del todo ese espíritu protector. Al principio, los primeros meses, se había teñido de tristeza. Los colores de la estancia parecieron cambiar y volverse más apagados, más grisáceos, más tristes…, pero aquello había ocurrido con todo el palacio. Con toda su vida. A medida que fueron asumiendo la pérdida y la nueva situación, el salón privado volvió a convertirse en el refugio para todos. Aunque ninguno lo había dicho en alto, cuando estaban allí, todos sentían que nada malo iba a pasar. Por eso mismo, en un acuerdo tácito, sólo se reunían en aquel lugar para contarse buenas noticias, para compartir momentos de complicidad conjunta y, por supuesto, para los regalos de Navidad.

Cuando había un desencuentro, cuando había que hablar de temas espinosos, jamás se reunían en aquel sitio. Preferían utilizar otras estancias como el comedor o el despacho de Henry.

Eso había sido así siempre e incluso Katie lo había respetado, de modo que jamás había montado una de sus rabietas en aquel lugar.

Pero el día que había llegado a palacio dolorida con el tobillo lesionado había traspasado un nuevo límite. En un primer momento le habían llevado a su habitación, donde le había examinado un médico que había sentenciado que debía pasar un mes sin poner ese pie en el suelo.

¡Un mes!

A Katie, que era activa no solo mental, sino físicamente, aquello le había parecido una sentencia de muerte casi. Pero, evidentemente, por la cuenta que le traía, lo iba a cumplir.

Ahora bien, cuando Henry le había preguntado dónde quería pasar los días, ya que todo el mundo daba por hecho que no podía quedarse encerrada en su habitación, Katie había roto el consenso que habían mantenido siempre y había dicho:

—En el salón privado.

Su hermano había palidecido, pero no le había dicho nada. Estaba curtido en mil batallas con ella y sabía que estaban perdidas

de antemano. En cualquier caso, Katie notó su disgusto y supo por qué: todo lo que ella tocaba lo estropeaba, según su familia.

Para apuntalar que tenía razón, poco después de haber hablado con Henry, había escuchado una conversación entre sus hermanos Elsie y Christian:

—¿Por qué tiene que estropear siempre todo? —había escuchado Katie que decía su hermana, con voz lastimera.

—Es nuestra penitencia, Elsie —había dicho Christian, con su voz grave, pero no exenta de ironía —algo habremos hecho mal.

—No hemos hecho nada mal —protestó su hermana —fueron papá y mamá, no solo murieron antes de tiempo, sino que nos dejaron a Katie. Ojalá hubiera sido…

—No digas nada de lo que luego te arrepientas —fue lo último que Katie escuchó, mientras sus hermanos se alejaban por el pasillo.

Cuando había escuchado aquello, había sentido un peso oscuro y pegajoso en su ánimo. Un peso que había ensombrecido todo y que le había llevado a encerrarse en su habitación, tumbarse en la cama y cubrirse entera con las mantas Lo mismo le estaba ocurriendo veinticuatro horas después, al recordarlo.

Mientras un relámpago cercano era seguido por un trueno poderoso, el peso de lo que sentía le alteró la respiración.

Nadie en su familia le entendía. Todos le temían de alguna manera, por eso siempre se salía con la suya, pero no le entendían… ni le querían.

Este último pensamiento hizo que el aire empezara a faltarle.Tuvo que esforzarse por inspirar y espirar poco a poco, hasta que fue calmándose de nuevo.

Lo que le estaba ocurriendo no era nuevo del todo, pero sí más intenso. Ella sabía mejor que nadie que era difícil para los demás. Tenía mucho carácter, pero también una insatisfacción interna permanente que le habían hecho propensa a las rabietas. Mientras sus padres habían vivido, aquello no había pasado de ser una anécdota: no había sido una niña dócil, pero tampoco más difícil que cualquier niño travieso. En todas las familias había niños como

había sido ella, niños que cuando crecían se transformaban y se convertían en adultos educados y tratables.

Su madre, que era la persona que mejor le había entendido, lo había tenido claro desde el inicio, por eso nunca había perdido la paciencia con ella y la había tratado con el mismo cariño y amor que al resto de sus hijos.

Pero su madre había muerto y eso había estropeado todo.

Su carácter no sólo no había ido mejorando, sino que había empeorado drásticamente. Y le había hecho a todo el mundo la vida imposible: a Henry, como responsable de todos, al resto de sus hermanos, a los criados y a cualquiera que pasara cerca de ella.

Y a ella misma.

Sí, porque ella era la primera víctima de ella misma. Nadie lo sabía, porque nadie se había tomado la molestia de ir más allá de sus malos modales, pero la primera persona que sufría su carácter era ella. Katie quería llevarse bien con todo el mundo, quería poder reírse junto a sus hermanos por tonterías, quería tomarse las cosas de forma tranquila, sin dramas ni enfados absurdos, pero no podía. Algo dentro de ella se lo impedía. Su corazón estaba agarrotado desde el momento que le habían dicho que sus padres estaban muertos y, con el paso de los años, la presión y el dolor no sólo no habían disminuído, sino que habían ido aumentando, alimentadas con la incomprensión de quienes le rodeaban y con sus propios excesos.

Durante todos esos años sólo había habido una persona que le había mirado y sonreído sin miedo, con limpieza: había sido Albert McMurray , justo en el baile en el que ella se había enamorado de él.

Capítulo 24:

El día de aquel baile había sido especialmente difícil para Katie. Se había enfadado por la mañana con su hermana Beatrice por un broche de oro que ella había querido llevar, pero que era, en realidad, de su hermana. Luego, en el coche de camino al baile, había peleado con Christian y Nigel por sentarse en el lado de la ventanilla. Había ganado ella, por supuesto, pero no sin antes escuchar las quejas y descalificaciones de sus hermanos que dijeron, ambos, estar "hartos de ella".

Todo aquello le había hecho llegar al baile con los nervios alterados y la piedra que aprisionaba su corazón más dura y fuerte que nunca, por eso, nada más entrar, se había escabullido rumbo al tocador, para intentar reponerse un poco.

Y ahí había ocurrido lo que le había dado un vuelco a su vida.

Justo en el momento que se acercaba al tocador, McMurray salía del reservado de caballeros. Se habían cruzado en el estrecho pasillo. Él se había apartado galantemente, le había mirado a los ojos con limpieza y sin gota de miedo o suspicacia y le había sonreído con educación.

Eso había sido todo.

Pero no recordaba desde hacía cuánto tiempo nadie le miraba así. Nadie le sonreía así.

Y eso había ablandado su corazón, hasta el punto que había estado en el tocador casi media hora, triste por lo que no tenía pero, al mismo tiempo, esperanzada porque no era un monstruo para todo el mundo.

Y no, no se había enamorado de él y tampoco quería casarse con él. Solo había organizado todo aquel escándalo por la necesidad de volver a sentir lo mismo que en aquel momento fugaz.

Quizá, si bailaba con él, él volvería a mirarla y sonreírle de aquella manera y ella volvería a sentirse una persona normal.

En el fondo de su corazón sabía que McMurray no le había tratado de manera especial, solo había sido educado, precisamente porque no la conocía de nada. Pero también había abierto una rendija por la que había pasado la luz y necesitaba volver a sentir esa luz.

Pero todo había salido de la peor manera posible. Había organizado un escándalo mayúsculo, gracias a la intervención del insoportable amigo de su hermano, y McMurray ni siquiera la había mirado.

Ya no había luz, solo oscuridad y un corazón agarrotado de nuevo, pensó.

Hasta que, de repente, un criado entró.

Un criado que la miró como todos, con miedo y deseo indisimulado de largarse de su presencia lo antes posible:

—Un caballero desea visitarla, Milady.

—¿Un caballero?

La voz le salió un poco alterada, por la sorpresa y por intentar disimular su agitación anterior, lo que hizo que el criado diera un paso hacia atrás y ella se desesperara aún más. Hiciera lo que hiciera, todo el mundo interpretaba que estaba a punto de organizar un escándalo.  En cualquier caso, lo que le había dicho era tan intrigante, que sus sentimientos de autocompasión se detuvieron y la curiosidad se impuso. Una curiosidad que fue satisfecha inmediatamente, cuando detrás del criado apareció la figura imponente de la persona más irritante del mundo: Edward Montague, Duque de Blackmoor.

Capítulo 25:

—¡Buenos días, Katie!

—¡Largo de aquí!

Edward había ido preparado para una nueva batalla dialéctica con Katie. Llevaba un plan cuyo único punto consistía en ir improvisando. Katie era tan desconcertante e inesperada, que ninguna previsión se iba a cumplir, así que su única preparación había sido confiar en sí mismo y en sus dotes de persuasión.

El día del baile le había funcionado, así que tenía confianza en que aquel día funcionaría también. Pero la Katie que encontró nada más entrar en el salón al que le había dirigido el criado era mucho más beligerante que la del día del baile.

Y mucho más bella.

Porque Katie, al natural, sin los adornos y ropas lujosas, sin el peinado elaborado, tan sólo vestida con un sencillo vestido blanco de muselina y su pelo rubio suelto, tumbada sobre el sofá y con el pie en alto sobre unos mullidos cojines, le pareció la mujer más bella que había visto en su vida.

Había sido un instante tan solo, el que pasó entre su saludo forzadamente ligero y la respuesta airada de ella, pero durante ese instante sintió que estaba en el paraíso y que Katie era un ángel.

Un instante que dejó paso a la cruda realidad: que Katie no era un ángel y que no se lo iba a poner fácil.

Pero él a ella, tampoco.

—Es agradable volver a oír tu dulce voz.

Lo dijo con la ceja levantada, mientras se acercaba con paso seguro a un sofá individual, estratégicamente colocado frente al de ella. Y como Katie sólo contestó con un resoplido, añadió, mientras se sentaba cómodamente en el sofá, como si estuviera en su casa, con el pie derecho apoyado sobre su rodilla izquierda:

—Es difícil un recibimiento más cálido.

Y entonces ocurrió algo inesperado. Pero no inesperado como siempre ocurría con Katie, sino inesperado de verdad.

Porque ella sonrió.

Fue fugaz. Una sonrisa pícara y divertida: le había hecho gracia la ironía de él y no había podido disimularlo.

Que había sido involuntaria quedó claro por las prisas que se tomó ella en borrar esa sonrisa y cambiarla por un semblante más serio de lo normal y el ceño fruncido.

Pero él la había visto. La sonrisa. Y le había maravillado.

Porque Katie sonriendo era otra y porque, estaba seguro, él era la primera persona que veía esa otra Katie.

No pudo recrearse en esa situación porque enseguida apareció la Katie de siempre, con ganas de tomar el mando.

—Estás en mi casa y quiero que salgas inmediatamente. — empezó ella, como siempre, intentando quitárselo de encima.

—Siempre me dices lo mismo, Katie, pero no te sale bien. Trata de convencerme, pero no me des órdenes, porque sabes que yo no las cumplo.

Katie mostró desconcierto en su expresión. Edward tenía razón: cada vez que él se había interpuesto en su camino, ella le había ordenado que desapareciera y él no le había obedecido. Tenía que conseguir que él desapareciera de su vista, pero el problema era que no sabía cómo hacerlo.

Llevaba toda su vida dando órdenes y consiguiendo que las cumplieran, sin embargo, con Edward, aquello no funcionaba. Además, para hacer todo más complicado, ni siquiera podía largarse de allí: estaba condenada a estar tumbada en aquel sofá.

Y finalmente, la última opción: montar un escándalo, ponerse a gritar, tampoco iba a funcionar con él, estaba segura. Sólo iba a conseguir quedar en ridículo y seguir teniéndolo ahí, frente a ella, irritantemente tranquilo.

Tenía que mantener una conversación con él. Convencerlo, como él había dicho.

Pero le iba a costar hacerlo, no estaba acostumbrada.

Como si Edward hubiera leído sus pensamientos, fue él quien tomó la iniciativa y empezó por el tema más lógico.

—¿Qué tal tienes el pie?.

—¿A ti que más te da como tengo yo el pie?

Saltó ella, áspera y cortante.

Pero inmediatamente también respondió él, sonriente y con el tono irónico que ella ya iba conociendo.

—Estoy seguro de que puedes responder mejor que una niña de tres años, Katie. Eres una Ashcombe.

Katie abrió la boca, pero no fue capaz de contestar. Edward le acababa de despojar de todas sus defensas. Pero también había dicho algo revelador, que era una Ashcombe. Parecía una obviedad, pero no lo era. Le acababa de decir que podía discutir con él como una adulta, que le suponía educación e inteligencia de sobra para que dejara de comportarse como una niña.

Tenía razón, pero eso también le irritaba enormemente.

En cualquier caso, decidió que, por primera vez en su vida, iba a tratar de mantener una conversación adulta con alguien. No era claudicar, solo era adaptarse a un nuevo enemigo: el más difícil ante el que se había enfrentado nunca:

—¿Qué quieres de mí, Edward?

Capítulo 26:

Esta vez fue Edward quien se desconcertó. Él mismo le había dicho a Katie que se comportara como una adulta y, en consecuencia, que tratara de mantener una conversación normal, pero lo que acababa de decirle ella se había ido al otro extremo. Había pasado de repetir sin pausa que quería que se marchara, a hacerle la única pregunta que no podía responder.

¿O sí podía hacerlo?

No podía decirle que estaba ahí porque se lo había pedido, casi suplicado, su hermano. Que el objetivo de su visita y del anterior abordaje en el baile era que olvidara a McMurray, y que para ello su hermano le había dado permiso para hacer "cualquier cosa" excepto acostarse con ella. No podía decirle que su hermano y él estaban jugando maliciosamente con sus sentimientos…, pero sí podía decirle algo que también era verdad.

—Quiero conocerte mejor, Katie.

Él mismo se sorprendió cuando esas palabras salieron de sus labios, pero enseguida se dio cuenta de que había sido un acierto. Había esquivado lo que no podía nombrar y había conseguido captar la atención de Katie.

El primer efecto fue que su expresión se relajó un poco y su mirada dejó de reflejar fiereza para transmitir curiosidad:

—¿Y eso a que viene de repente? nos conocemos desde siempre y no me has mirado dos veces seguidas jamás. De hecho, diría que no habíamos intercambiado más de diez palabras en nuestra vida hasta el día del baile.

—Sí, está bien calculado. Hasta el día del baile no habíamos intercambiado más de diez palabras… y un tiesto.

La risa de Katie atravesó la habitación como un soplo de aire fresco en una mañana de verano.

Fue algo inesperado y casi mágico.

Edward nunca le había escuchado reír a Katie y apostaba a que el resto de su familia y los criados, tampoco. Bueno, quizá de niña, sí, pero apostaría que hacía años que no sonaba una carcajada de ella en el palacio.

Ni en ningún otro sitio.

De hecho, por unos instantes, fue como si su risa rebotara en las paredes, se multiplicara y se extendiera al resto del palacio. Fue como si todo se hiciera silencio, uno casi sagrado, y la risa de Katie lo llenara todo.

Aquello seguramente solo ocurría en la imaginación de Edward. El salón tenía cerrada la puerta que comunicaba con el pasillo central, al igual que las ventanas,  y la risa de Katie, por mucho que a él le hubiera impresionado, había sido suave.

Pero también preciosa y vivificante y sorprendente.

Al parecer, incluso para ella misma, ya que Katie dejó que la risa se apagara poco a poco, como si le costara desprenderse de ella, como si fuera un tesoro que no quería perder, y cuando el sonido desapareció del todo, sus labios se mantuvieron levemente curvados, borrando totalmente de su faz la expresión tensa y hostil que mantenía siempre, y poniendo en su lugar una suave y amigable.

—Me haces reír… —Dijo, un poco para sí misma, como sorprendida—pero, después de ese instante mágico, como si despertara de un sueño, la Katie de siempre volvió a tomar el control, la sonrisa desapareció, volvió a fruncir el ceño y su voz volvió a sonar seca .—pero no has contestado a mi pregunta ¿a qué viene ahora ese interés por mí?

Edward también salió de su estado de encantamiento de golpe, pero también supo que algo había cambiado y ya no había vuelta atrás: Katie estaba dispuesta a mantener una conversación con él, una conversación adulta, alejada de sus formas infantiles y maleducadas, y aquello ya era una victoria para él y sus planes y lo iba a aprovechar.

—Siempre hay un "ahora", Katie. Las personas se conocen durante años, pero la forma de relacionarse va cambiando y muchas veces no es por algo concreto. Hay amigos que dejan de serlo: por

pereza, por traslado de uno de ellos, por pequeños malentendidos, hay enemigos que se convierten en amigos: por el paso del tiempo, por encuentros fortuitos en momento idóneos... Y, por supuesto, hay personas que se enamoran de un día para otro, aunque se conocieran desde hace años. Seguro que conoces muchos ejemplos de este tipo, Katie.

La elección del último ejemplo no fue fortuita, sino muy bien pensada. No había mentido al decirle que le interesaba, pero él no estaba enamorado de Katie. Ahora bien, para que el plan de hacerle olvidar a McMurray funcionara, la apuesta tenía que ser alta, y eso era lo que estaba haciendo, apostar porque Katie sospechara que él se había enamorado de ella y eso le hiciera interesarse, centrarse en él y olvidar a McMurray.

Aquello iba a funcionar siempre que todo quedara en el terreno de lo sutil, lo intuido, incluso lo sabido, pero no manifestado. Lo típico entre gente educada. Pero claro, Katie no se parecía a nadie y no reaccionaba como todo el mundo. Había decidido mantener una conversación con él, pero lo iba a hacer en sus propios términos que, tal y como se vio a continuación, no contemplaban las sutilezas ni los temas prohibidos:

—¿Me estás diciendo que, de repente, te has enamorado de mi, Edward?

Capítulo 27:

En mala hora le había azuzado a Katie para que mantuviera una conversación. Tenía que haber adivinado que con ella nada podía ser fácil. Pero ya no había vuelta atrás, debía plegarse a su estilo directo y responder a aquella pregunta incómoda, aunque sin decirle la verdad, o no del todo.

—Te he puesto ejemplos diferentes para que veas cómo puede cambiar la relación entre dos personas de un día para otro. Como te he dicho, lo que ha cambiado entre nosotros es que ahora me interesas y antes no.

—O sea, no estás enamorado de mi.

—No —dijo Edward, adaptándose al estilo directo de ella.

—De acuerdo, y ¿por qué te interesó? Soy arisca y tengo mal carácter, no entiendo por qué quieres acercarte a mí pudiendo vivir tranquilo.

Edward sonrió. No se podía negar que Katie además de directa era sincera.

—Efectivamente, no eres nada fácil —corroboró él, ampliando la sonrisa.

—Eso ya lo he dicho yo. Y no me contestas.

Esta vez fue Edward quien rió:

—¿Ves? ahí tienes la respuesta.

Katie frunció el ceño:

—Edward, seguro que puedes hablar conmigo claramente como un adulto sin recurrir a adivinanzas.

Le respondió ella, utilizando el mismo argumento que había utilizado con ella él.

Edward mantuvo la sonrisa:

—"Touché", milady —la miró un momento fijamente y continuó—. Lo que quiero decir es que es imposible mantener una conversación como la que estamos teniendo tú y yo con ninguna

otra mujer en todo Londres. En toda Gran Bretaña. Eres diferente, eres estimulante, eres inteligente. Por todo eso estoy interesado en ti, Katie.

Edward no se había movido del sillón, pero sí se había inclinado hacia adelante, haciendo que la distancia que les separaba disminuyera.

Por un momento se había olvidado de la razón última por la que estaba ahí, pero no importaba, porque lo que le acababa de decir también era cierto. De hecho, en ese momento sentía que era la única razón.

Katie por su parte parpadeó mientras le escuchaba, pero no se amilanó, al contrario, ella también se incorporó un poco y se inclinó hacia adelante.

Con el movimiento que acababan de hacer los dos, la distancia entre ellos se acortó tanto que si cualquiera de los dos hubiera alargado su mano, habría tocado al otro.

No lo hicieron, simplemente se quedaron mirándose un instante que pareció eterno, hasta que Katie volvió a hablar:

—No me lo creo —lo dijo lentamente, como paladeando las cuatro palabras y luego, en el mismo tono lento y controlado, añadió —O sí…, pero no me estás contando todo…hay algo más, algo oculto y tiene que ver con Henry.

Capítulo 28:

Aquello se le acababa de ocurrir a Katie en ese momento. Lo había soltado sin pensar, solo por provocarle a él.

Lo cierto era que desde que Edward había entrado en el salón había disfrutado de la conversación. Edward no solo no le tenía miedo, sino que sacaba una parte nueva de ella que le estaba gustando mucho. Además, se estaba sintiendo, por primera vez en su vida, escuchada.

Pero a medida que la conversación había ido avanzando, sentimientos más perturbadores habían aparecido. Edward le había dicho que era interesante, que le interesaba a él. Había dicho que era inteligente, estimulante… un montón de adjetivos positivos que nunca había escuchado de nadie. Y como no estaba acostumbrada a que nadie viera nada bueno en ella, se había puesto nerviosa y por eso había acabado soltando aquella tontería de Henry y de que ocultaba algo. No lo creía, solo estaba intentando cambiar de tema para no ruborizarse, para no perder la compostura delante de él, para que no se diera cuenta de su turbación.

Sin embargo, nada más soltar aquello se dio cuenta de que, sin querer, había acertado en algo, porque Edward, de repente, borró su sonrisa y su cara expresó alarma.

Y todo el hechizo que había sentido los últimos minutos se disolvió dejando paso a una gran decepción:

—¿Estás aquí porque Henry te lo ha pedido?

La voz le salió airada y dolorida. Era una humillación absoluta. No era interesante para nadie, solo era un problema para su hermano y, seguramente, le había pedido a su amigo que se lo resolviera entreteniéndola. Tenía que ser eso. Y ella solo quería marcharse de aquel lugar, perder de vista a Edward, pero no podía porque tenía el pie malherido y…

En ese momento, la voz grave de Edward cortó sus pensamientos

—Claro que no, Katie.

Se puso en pie, dio dos pasos hacia adelante, hasta situarse a su lado, se arrodilló para ponerse a su altura, le cogió la cara suavemente con sus manos y la besó.

# Capítulo 29:

El contacto fue natural y, al mismo tiempo, excepcional. Edward había besado y había sido besado muchas veces, Katie ninguna, pero para los dos fue algo nuevo, diferente y maravilloso.

Sus labios encajaron como la última pieza de un puzle gigante tras años completándolo. Y ambos sintieron que todo estaba bien, que el pasado cobraba un sentido nuevo a la luz de lo que acababa de ocurrir, que el futuro era luminoso y perfecto.

No fue solo un instante fugaz, al contrario, mantuvieron los labios unidos, embelesados por lo que estaban sintiendo y empezaron a moverlos, buscando más contacto, más reconocimiento.

Empezó Edward, que tenía más experiencia que ella, abrió los labios suavemente y atrapó con ellos el labio inferior de ella.

Katie no solo se dejó hacer, sino que cuando sintió la presión de los labios de él, tan deliciosa, soltó un suspiro: de alivio, porque fue como si su pecho y su cuerpo entero se aligeraran, como si se quitara de encima el peso de toda una vida en tensión, pero también de felicidad. Porque, de repente, a medida que Edward atrapaba sus labios entre los de él, una corriente cálida y luminosa la llenó entera. Nunca, ni en los pocos momentos de felicidad que había vivido de niña, cuando sus padres aún vivían, se había sentido tan bien.

Pero aquello solo acababa de empezar. Ella también necesitaba hacer algo. No era una necesidad pensada, sino que le brotaba del fondo de su corazón. Por eso, aunque en realidad no sabía nada sobre besar, su cuerpo sí pareció saberlo.

Apartó la cabeza poco a poco, de manera que la presa de Edward se soltó lentamente. Cuando sus labios se separaron del todo, ambos cogieron aire, como si les faltara, pero el contacto volvió de nuevo, enseguida. Lo provocó ella, de una manera nueva.

Sacó la punta de su lengua, húmeda y rosada, y la pasó, muy levemente, por el labio inferior de Edward. Y luego, por el superior.

Él se quedó quieto, como en suspenso, con los labios entreabiertos, disfrutando de la sensación y, al mismo tiempo, asombrado con lo que estaba haciendo ella.

Tenía una larga experiencia en caricias mucho más intensas y, aparentemente, más excitantes que aquella levedad, pero ninguna antes le había producido aquellas sensaciones.

Maravillosas.

Era como si estuviera flotando en un ambiente cálido perfecto y la lengua de Katie fuera la varita mágica de un hada que le llevaba a un mundo nuevo y maravilloso.

Por un momento cerró los ojos, para que las sensaciones fueran más intensas, y Katie entendió el mensaje y repitió su caricia, una, dos, tres veces, hasta que, de nuevo, paró y se separó de él.

Edward abrió los ojos, sorprendido por la ausencia, casi como un pez recién sacado del agua, y se encontró con los ojos azules de Katie, que estaban transmitiendo la misma sensación de ahogo que él.

Otra vez era como si les faltara  el aire y otra vez volvieron a unir sus labios como si los labios del otro fueran el oxígeno que les faltaba.

Esta vez la unión no fue suave, sino intensa, necesitada, casi agónica. Unieron sus labios, se los aplastaron, los mordisqueraon, abrieron sus bocas y dejaron que sus lenguas se unieran y se reconocieran, en un baile en el que el deseo y el hambre mutua se saciaban y, al mismo tiempo creaban más deseo y hambre.

Se necesitaban, necesitaban del otro y ambos, al mismo tiempo, supieron que con las bocas no era suficiente, que sus cuerpos pedían más, más unión, más perderse en el otro.

Empezó él. Levantó la mano derecha lentamente y la fue acercando a la cabeza de ella. No le acarició la mejilla, que es lo que había esperado Katie, sino que siguió avanzando y la puso tras ella.

Edward primero acarició el pelo. Lo sintió suave y sedoso, fino y fuerte al mismo tiempo. Se detuvo un momento en esa sensación, tan agradable, dejó que sus dedos juguetearan con

algunos mechones, entrelazańdolos entre ellos, estirando algún rizo, soltándolo para que volviera a encogerse. Todo esto sin dejar de besarla, sin dejar de recibir los besos de ella.

Comparadas con las experiencias que tenía él, aquellas caricias casi parecían inocentes, pero Edward nunca había sentido con tanta intensidad. Los labios de Katie eran como agua fresca en el desierto, sus suspiros, la música más maravillosa, y el pelo resbalando entre sus dedos le estaba produciendo más placer que tener a una mujer hermosa desnuda entre sus brazos.

Para Katie, que no tenía con qué comparar, estaba siendo una experiencia igual de intensa. Y cuando finalmente Edward posó su mano entera, abierta, sobre su cuello y su nuca, cuando hizo un movimiento suave pero evidente para atraer su cabeza más aún hacia la de él, ella tuvo que ahogar una risa de felicidad, porque sintió que no había más perfección que aquel momento, que no había otro lugar.

—¡Oh, disculpen!

La voz del criado, aguda y alterada por la sorpresa y el embarazo, sonó como un trueno inesperado e inmediatamente después, el sonido de la bandeja, la tetera y las tazas golpeando el suelo inundó toda la habitación.

Capítulo 30:

El joven criado que le traía a Katie el té de la tarde no se había enterado de que ella tenía visita. Henry le había abierto la puerta a Edward y se le había olvidado avisar a los criados. El sirviente, por tanto, había actuado escrupulosamente según lo que se le pedía. Primero había llamado a la puerta, dos golpes secos no muy fuertes, y había esperado respuesta.

Y no había escuchado nada.

Eso le había puesto un poco nervioso. De hecho, llevaba nervioso desde que en la rifa que hacían entre todos los criados para ver quién servía a Lady Katie, esta vez le había tocado a él.

Sí, era costumbre entre los criados del palacio que se rifaran los servicios a Lady Katie, ya que ellos sufrían su mal carácter tanto o más que sus hermanos. Ni Henry ni sus hermanos, ni, por supuesto, Katie sabían esto, pero ese tipo de licencias inofensivas se solían dar entre los sirvientes.

Todos la atendían con paciencia y sin queja, pero intentaban librarse de ella todo lo que podían.

Y aquel día le había tocado al joven Jonas, que llevaba tan solo tres meses en palacio y que, hasta el momento, había tenido la inmensa suerte de librarse en todas las rifas. Menos aquel día.

"No se te ocurra entrar sin llamar", "y sin que ella te de permiso", "no sonrías" "no estés demasiado serio" ,"no hagas ruido al dejar la tetera sobre la mesa", "no le mires a los ojos", "eso, sobre todo no le mires a los ojos".

Todos aquellos consejos, y alguno más absurdo aún, le dieron sus compañeros cuando se disponía a salir rumbo al salón privado con el té y las pastas preferidas de Lady Katie.

Sus compañeros habían exagerado, Katie era difícil, pero no les trataba mal o no peor que al resto del mundo, pero se habían divertido un poco a su costa asusándolo.

Y lo habían conseguido, así que cuando se encontró frente a la puerta del salón sin recibir respuesta, su corazón se aceleró y a punto estuvo de darse media vuelta.

No podía hacer eso, por supuesto, así que después de intentar tranquilizarse, volvió a llamar.

Y esta vez sí escuchó algo.

Una voz femenina… Lady Katie ¿quién si no?, aunque había sonado extraña, aguda y ahogada al mismo tiempo. Tampoco se había entendido la respuesta. Era un monosílabo, casi como un gemido… El joven dudó. Ahora se encontraba ante un dilema aún mayor. No podía volver a llamar, porque Lady Katie ya había contestado, pero tampoco se atrevía a abrir la puerta, porque no estaba seguro de si ella había dicho que entrara o no.

Al final, con el corazón al galope de nuevo, decidió que tenía que arriesgarse, que tenía que abrir, que lo lógico era que ella le hubiera dado permiso para entrar.

Y giró el picaporte y entró.

Y vio a Lady Katie, tumbada sobre el sofá, tal y como le habían dicho que la encontraría, pero no estaba sola, Lord Edward, el mejor amigo de Lord Henry, estaba junto a ella.

Demasiado junto.

De hecho, Lord Edward casi parecía estar encima de ella: con un brazo la ceñía por la cintura, con el otro, acercaba su cabeza a la de él. Ambos se estaban besando y Lady Katie tenía una de sus manos en la cintura de él y la otra…la otra casi a la altura de sus nalgas.

La bandeja cayó al suelo porque sus manos se quedaron sin fuerzas.

Y solo quiso desaparecer.

# Capítulo 31:

El chico no reaccionó adecuadamente al soltar la bandeja.

No era la primera vez en la historia que un criado encontraba a alguno de sus señores en situación comprometida, de hecho ocurría muy a menudo. Todos los días, en algún palacio londinense, un criado encontraba a alguno de sus señores como no debía. De hecho, se podía afirmar que una de las enseñanzas primordiales de todo criado era mostrarse impasible cuando algo así ocurriera, dando por seguro que tarde o temprano iba a ocurrir.

Era cierto que Jonas era demasiado joven y llevaba muy poco tiempo en palacio, también, que los Ashcombe era una familia peculiar: la mayoría eran demasiado jóvenes como para mantener escarceos amorosos y los que ya tenían edad, como Henry, tenían también un alto grado de responsabilidad y rectitud y llevaban "esos asuntos" fuera de palacio. Finalmente, se podía excusar al joven también por haber reaccionado de manera inadecuada al ver quién estaba mostrando un comportamiento indecoroso. Seguramente, hasta el criado más profesional y preparado habría tenido dificultad en controlarse al ver Lady Katie besándose y acariciándose con un hombre.

Pero lo que no tenía perdón y le iba a acarrear alguna sanción fue su reacción posterior. El joven, asustado con lo que acaba de ocurrir, no solo dejó caer la bandeja con el té y las pastas sino que, presa de un pánico irrefrenable, como si le estuviera persiguiendo un león, se dio media vuelta y salió corriendo rumbo a la cocina.

Sin recoger nada, dejando a la pareja mirando la puerta abierta con evidente azoro.

Y efectivamente, el chico habría recibido una buena reprimenda por parte de Katie si no fuera porque después de su huída ocurrió algo que hizo que ella lo olvidara.

Y lo que ocurrió fue que él no fue el único en salir.

Edward, como si el joven le hubiera dado una idea, se levantó también, se estiró el chaleco y la chaqueta y salió de la habitación y del palacio.

Sin decirle nada a ella.

Sin mirar atrás.

Capítulo 32:

No dio más de tres pasos en la calle cuando se dio cuenta de que tenía que volver inmediatamente. No podía dejar a Katie de aquella manera. No era propio de un caballero y no era propio de él. Pero antes de volver, decidió dar unos pasos por los alrededores del palacio de su amigo, para tranquilizarse y, sobre todo, para aclarar sus ideas.

Y enseguida tuvo claro que no había huído porque el criado les hubiera encontrado besándose. No era la primera vez que le ocurría algo así, no era tan grave. En realidad, el criado lo único que había hecho era mostrarle el camino para que emprendiera la huida, pero aquella huída tenía otras causas.

En concreto, la intensidad de sus sentimientos.

Porque cuando el criado abrió la puerta y se separaron, no sintió vergüenza, sino vacío.

Vacío de Katie.

Y aquello era nuevo.

Y extraño.

Y peligroso.

Por eso, había huído.

Es decir, había huído de sí mismo.

Se alegró de reconocer lo que le estaba ocurriendo, pero en aquel momento aquello no tenía solución. Más adelante, con calma, analizaría por qué lo que había empezado siendo un beso precipitado para tapar las sospechas de Katie, se había convertido en el beso más maravilloso que había dado y recibido nunca, pero ahora lo urgente era volver al palacio e intentar arreglar su descortesía.

No iba a ser fácil, Katie seguramente estaría enfadada. Y una Katie enfadada debía ser lo más parecido al infierno.

Sin embargo, a él no solo no le daba miedo, sino que estaba deseando volver. Por eso, llamó a la puerta de palacio con una sonrisa en los labios.

Capítulo 33:

No había estado fuera más de cinco minutos, pero en cuanto se encontró de nuevo en el salón privado vio que todo había vuelto al orden: no había ni rastro de la tetera y el líquido derramado, y Katie estaba en la misma postura que en su primera entrada: tumbada, con el pie en lo alto de mullidos cojines, con la chimenea crepitando a su espalda.

Solo había algo diferente a la primera vez: esta vez Katie no tenía el ceño fruncido, sino una sonrisa pícara en la cara.

—Has vuelto.

Su voz sonó más amigable de lo que la había escuchado nunca y su corazón dio un salto al escucharla.

—Sí, Katie, he vuelto, te pido perdón por mi descortesía.

—Oh, no te preocupes, lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

Tanta comprensión y aquella sonrisa pícara en su cara hicieron que Edward se pusiera a la defensiva. Ya empezaba a conocer a Katie y aquella reacción no era normal… aunque con Katie lo normal era precisamente que reaccionaba de forma diferente. En cualquier caso, se preparó para una nueva sorpresa, un nuevo giro de los acontecimientos.

—Sí, es normal que te hayas alterado porque te hayan sorprendido besando a la "terrible Katie", pero no te preocupes, aunque a estas horas ya lo sabrán todos los criados, la noticia no va a salir de los cuatro muros del palacio: son profesionales y callarán, no se van a enterar ni mis hermanos.

—No estoy preocupado por eso, Katie, ya sé que los criados callarán. Y no eres "la terrible Katie", no está bien que hables de tí misma en esos términos.

Era la segunda vez que la defendía de sí misma. No lo hacía por cálculo, sino que lo pensaba de veras. Katie tenía un concepto

demasiado negativo de sí misma y él necesitaba negarlo ante ella. También tendría que pensar sobre ello cuando se quedara solo, pero en aquel momento no tuvo tiempo de pensar nada más, porque ella respondió:

—Bien, me alegra que sigas pensando así —le cortó ella — porque yo también he estado pensando algo… y también he tomado una decisión.

—¿Qué decisión, Katie? —le dijo Edward, cauteloso, esperando la sorpresa.

Y, como siempre, Katie no le decepcionó.

—Quiero que seas mi maestro… — Katie quedó en silencio un momento, dejando el final de la frase en suspenso, aunque enseguida sonrió con aquella expresión pícara y la terminó —mi maestro de caricias.

Edward, que aún no se había sentado y permanecía de pie en la habitación, levantó una ceja antes de contestar.

—No sé si estoy entendiendo bien, Katie…—le dijo, cauteloso, pero con calma.

Katie mantuvo la calma también y le contestó, con seguridad:

—Quiero que me enseñes a besar y a acariciar. También quiero aprender a recibir besos y caricias, pero no quiero nada más, mi corazón está ya ocupado, solo quiero aprender a hacer las cosas bien, para conseguir al hombre que amo.

# Capítulo 34:

A pesar de ser muy hábil disimulando sus pensamientos y emociones, Edward no pudo evitar que su cara reflejara alarma. Inmediatamente después pensó en Henry: "te he fallado" escuchó su voz interior dirigiéndose a su amigo. Porque estaba claro que había fracasado estrepitosamente con la misión que le había encomendado Henry. De hecho, al parecer, no había hecho más que reforzar lo que tenía que ayudar a eliminar. Katie no solo seguía encaprichada de McMurray , sino que estaba planeando pasar a la acción, utilizándolo a él como maestro de besos y caricias.

Había estado tan absorto en lo que le estaba ocurriendo a él con ella, que no había previsto aquel giro de los acontecimientos.

Un desastre absoluto.

Además, su plan de dejar todo para aclararse luego ahora no tenía cabida,  tenía que reaccionar rápido, porque ella le estaba mirando, esperando una respuesta.

La que le apetecía darle era la huída de nuevo, pero esta vez para siempre. Salir de aquel salón y de la vida de ella acabaría con el quebradero de cabeza que se había convertido Katie para él, pero también tenía claro que no podía hacerlo.Tenía que afrontar aquel reto.

Por su amigo, por supuesto.

Si el enamoramiento improcedente de Katie había sido "el mayor problema que había tenido nunca", en palabras de su amigo, no quería ni imaginar cómo calificaría Henry lo que de Katie estaba

planeando ahora: convertirse en una hábil seductora y llevar a la práctica su aprendizaje con un hombre casado.

Estaba claro que solo había una salida posible, ganar tiempo, pero sin decirle que no, algo que acabaría con sus reuniones y empujaría a Katie a los brazos de McMurray de nuevo.

Es decir, solo cabía una respuesta. que sí. Pero iba a ser un sí condicionado, que le permitiera mantener algo de control sobre la situación

—Supongamos que acepto, Katie —ella sacó una sonrisa de victoria, pero él le hizo un gesto con la mano para que le dejara continuar —tenemos que delimitar muy bien qué hacemos y durante cuánto tiempo.

Ella moderó su sonrisa, pero no porque estuviera decepcionada, sino porque había empezado a pensar en lo que él había dicho.

—El límite es mi virginidad. Es intocable, la guardo para el hombre al que amo.

A Edward le dio un vuelco al corazón, Katie acababa de decir lo mismo que su hermano Henry. Aunque pensándolo fríamente, él también tenía claro ese límite.

—Por supuesto, Katie, soy un caballero. Pero estaría bien marcar más límites…

—No es necesario —le cortó ella.

—¿No? ¿Estás segura? —volvió a levantar una ceja antes de continuar —Katie, hay caricias que no hacen perder la virginidad, pero son demasiado íntimas y…

—De acuerdo, le volvió a cortar ella, hagamos una cosa, marcaremos dos límites, uno el que ya está establecido: mi virginidad. Ese límite es intocable, el otro será que yo decida en cada momento, yo diré cuándo parar el resto de caricias y tú me respetarás.

—Eso se da por supuesto —respondió él, serio, porque era un caballero y el respeto por las damas había imperado siempre en todas las facetas de su vida —pero quiero que sepas que hay

caricias tan íntimas que pueden provocar que surja algo que no buscamos entre nosotros y…

—Oh, tranquilo no me voy a enamorar de tí —Ella le volvió a cortar.

—Yo tampoco de ti—respondió él, igual de rápido y cortante que ella.

—Oh… —empezó ella un poco vacilante, porque la respuesta de él le había desconcertado. No tenía ni un problema en ser distante y cortante ella, pero recibir el mismo trato por parte de la otra parte era menos agradable. En cualquier caso, se recuperó inmediatamente—Entonces, no hay problema.

—Sí lo hay, Katie. Si nos embarcamos en esta… aventura… pueden surgir problemas. No todo es enamoramiento en una relación entre un hombre y una mujer, existe también un aspecto tan solo… sexual. Un aspecto tan intenso o más que un enamoramiento romántico.

Edward había vacilado antes de utilizar la palabra "sexual", pero había decidido hacerlo porque Katie debía conocer el terreno en el que se metía. Ella seguía siendo inocente. Por muy hábil que fuera de manera natural para dar y recibir caricias, no tenía ni idea de lo que podía ocurrir entre una pareja que se atraía sexualmente como lo hacían ellos. Edward había conocido matrimonios destruídos por la pasión de uno de ellos por otra persona, fortunas dilapidadas, prestigios arrastrados por el suelo e, incluso, pérdidas de votaciones en la cámara de los lores. No en vano, una de las historias más antiguas de la humanidad trataba de una guerra y de la destrucción de todo un pueblo por el encaprichamiento de un hombre de la mujer de otro .

Todas aquellas historias no tenían nada que ver con "estar enamorados " o no, sino con la simple, pero poderosa, atracción sexual, es decir, la puerta que ambos estaban a punto de abrir.

Katie era ingenua, pero también muy inteligente, así que al escuchar la palabra "sexual", además de ponerse roja como la grana, entendió lo que él estaba tratando de decirle.

—Ah, lo entiendo..,—dijo en un primer momento azorada, pero en pocos segundos su expresión cambió y con seguridad,

terminó — entonces limitemos en el tiempo nuestra nueva relación, ¿qué te parece una semana? ¿Me dará tiempo a aprender lo que necesito?

Edward, fascinado con lo rápido que se adaptaba ella, no tuvo más remedio que responder lo único que podía decirle:

—Si, te dará tiempo.

—¡Oh, qué bien! —reaccionó ella, dando palmas con sus manos —¡Entonces, empecemos!

—¿Cómo?, ¿qué?.. —empezó él titubeante, sin terminar de entender, hasta que Katie, con la voz más dulce que había sacado nunca, pero también traviesamente imperativa, le dijo:

—Que me beses, Edward, ya.

## Capítulo 35:

Esta vez ningún criado los iba a interrumpir, ya que el joven que los había sorprendido había corrido la voz entre el servicio y todos tenían claro que mientras Lord Montague estuviera en el salón, aquella puerta debía permanecer cerrada.

A medida que la noticia se había ido extendiendo, se había montado un pequeño revuelo. La incredulidad era el sentimiento más extendido, ya que les costaba creer que alguien se atreviera a besar a Lady Katie, aunque no porque no fuera deseable y preciosa, que lo era, sino por su carácter imprevisible . También, entre las criadas jóvenes, había cierta excitación, ya que a todas les parecía algo muy romántico. Alguna había dicho incluso "ahora se suavizará y se hará menos arisca", un comentario que había levantado sonrisas escépticas, pero también ilusionadas, porque la esperanza es lo último que se pierde.

En cualquier caso, los criados mantendrían la discreción y lo ocurrido no saldría de las cuatro paredes del palacio, así que Edward y Katie podían estar tranquilos: nadie les iba a interrumpir de nuevo ni nadie iba a murmurar fuera del hogar de los Ashcombe.

Aunque a Katie y a Edward, en aquel momento, aquello les daba igual. Desde el momento en que se habían mirado, de un extremo al otro del salón, y, sobre todo, desde el momento en que Edward había acabado con la distancia que los separaba, sólo tenían un pensamiento: besarse, acariciarse, completarse.

Porque esa era la sensación que ambos estaban sintiendo, que no había otro lugar en el que debían estar que en los brazos del otro.

Así que se dejaron llevar sin resistencias, sin miedo.

Al principio el beso fue urgente, empujado por una necesidad intensa. Era como si el tiempo que habían estado separados les ardiera en la piel y solo pudiera apagarse así.

Sus labios, cálidos y decididos, se encontraron con la familiaridad de lo ya vivido, pero, al mismo tiempo, iniciaron un nuevo reconocimiento, queriendo profundizar. Las respiraciones se mezclaron y lo que empezó como prisa desordenada fue encontrando su propia cadencia: ya no era urgencia ciega, sino curiosidad. Los movimientos se volvieron más seguros, más exactos.

De repente, entre un beso y el siguiente, él bajó su cabeza, rozando su piel con la boca, hasta detenerse en el hueco de su cuello, donde dejó un beso lento, caliente, sostenido, lo justo para hacerla respirar más hondo.

Katie reaccionó sin dudar: le agarró la cabeza con una mano, los dedos perdiéndose en su pelo, enredándose con firmeza, y lo atrajo más hacia ella, guiándolo sin palabras. Su cuello se ofreció, y él entendió la invitación, dejando más besos allí, más lentos, más conscientes, mientras la respiración de ambos se volvía más pesada, menos contenida. Pero Katie no lo dejó quedarse ahí demasiado tiempo. Con un tirón suave pero claro, lo hizo subir de nuevo hasta su boca, reclamando sus labios otra vez. Esta vez no fue solo respuesta: fue decisión. Ella marcó el ritmo del beso, lo sostuvo, lo profundizó, dejando claro en la presión de su boca y en la forma en que aún sujetaba su pelo que ahí mandaban los dos.

Y Edward se dejó guiar, sorprendido y fascinado a partes iguales. No esperaba esa seguridad en ella, esa manera tan clara de tomar el control sin titubeos, y sin embargo le resultaba natural rendirse, dejar que ella marcara el ritmo, que decidiera cuánto, cómo y cuándo. Había algo adictivo en esa mezcla de inexperiencia y determinación instintiva, y él la seguía con gusto, disfrutando de cada gesto, de cada cambio sutil en su respiración, en la presión de sus manos.

Pero justo cuando el calor volvía a crecer entre ellos, cuando el cuerpo empezaba otra vez a imponerse sobre cualquier pensamiento, ella cambió. Sus manos, que lo sujetaban con firmeza, se aquietaron. Luego, con la misma autoridad con la que lo había acercado, lo detuvo. Edward sintió la pausa antes de entenderla.

Ella lo miró de frente, aún cerca, con los labios entreabiertos y una media sonrisa que no era tímida ni dulce, sino decidida.

—Por hoy es suficiente.¡Hasta mañana, Edward!.

Capítulo 36:

Dos horas después, ya en su habitación, Katie pudo por fin poner sus pensamientos en orden.

La mentira que había utilizado con Edward había funcionado, pero seguía siendo una mentira.

Le había dicho a Edward que quería aprender a besar y acariciar para conseguir a Albert, pero lo cierto era que llevaba días sin pensar en Albert y, en su lugar, Edward había ocupado toda su mente.

Aún no sabía qué le pasaba, por qué el mejor amigo de su hermano ejercía esa atracción en ella. Una atracción que era necesidad casi incontrolable, pero es que, además, cuando la saciaba, cuando estaba entre sus brazos, ocurría algo mucho más llamativo: de repente, se calmaba.

Del todo.

Desde que tenía recuerdo, pero de manera más acentuada, desde que sus padres habían fallecido, había vivido con una insatisfacción perpetua y permanente. Una insatisfacción que le provocaba ataques de cólera y que acababan pagando quienes le rodeaban. Y, sin embargo, entre los brazos de Edward aquello desaparecía. No solo no se sentía insatisfecha, sino que sentía una ligereza y tranquilidad como no había sentido nunca. De hecho, sabía cuál era la palabra que mejor definía lo que sentía: felicidad.

La primera vez que había sentido aquello con Edward había sido cuando sus manos habían entrado en contacto para bailar. Pero entonces había estado demasiado centrada en su frustración por no poder acercarse a Albert y en discutir con Edward y, aunque lo que había sentido había sido profundo, no había querido reparar en ello.

Pero en el salón privado, sin nada más que le distrajera de lo que estaba sintiendo, se dio por fín cuenta de que lo que le ocurría con Edward era excepcional.

Cuando él había huído, tras la irrupción del criado, el vacío que había sentido le había confirmado que necesitaba tener cerca a Edward para volver a sentir aquella paz.

No sabía por qué, no le encontraba sentido. Hasta entonces no había reparado nunca en él, él en ella tampoco, pero, de repente, todo había cambiado. Y lo había hecho para bien. Para mejor. Para lo mejor que le había ocurrido en la vida.

Durante el tiempo que Edward había estado fuera, Katie se había dado cuenta de que no tenía manera de saber qué pasaba por la mente de él y tampoco de planificar su vida a futuro. Se sentía como en una situación de urgencia en la que solo podía pensar en el siguiente paso a dar.

La urgencia era que necesitaba estar de nuevo entre los brazos de él y el siguiente paso a dar era convencerlo.

Y entonces fue cuando se le ocurrió mentirle. Contarle aquella patraña de que le necesitaba para luego seducir a Albert.

Lo cierto era que ella ya no pensaba en Albert. Le había mirado con amabilidad en un encuentro fortuito, pero aquello palidecía en comparación a la forma en que la miraba y la tocaba Edward. Albert se había diluído como un copo de nieve bajo el sol ante la fuerza de lo que sentía con Edward.

El engaño había funcionado porque Edward era ajeno a lo que ella sentía y pensaba y acababa de ganar una semana más de felicidad.

Tenía tan solo esa semana para poder estar entre los brazos de Edward, luego, todo acabaría, tal y como ambos habían acordado. Él no estaba enamorado de ella, ella tampoco de él, y no iba a convertirse en su amante. Era tan solo una semana, pero pensaba disfrutarla como el mayor regalo que le había ofrecido la vida.

Después…

Ya pensaría qué haría después…

Capítulo 37:

Había anochecido ya y apenas quedaba gente por la calle, todo el mundo estaba recogido en sus hogares, así que no había nadie para fijarse en la figura que aparecía periódicamente tras los grandes ventanales de uno de los palacios más señoriales de Myfair.

Era Edward. llevaba cerca de dos horas deambulando por su despacho, sin sentarse, sin irse a dormir, sin tomar ninguna decisión. Simplemente dejándose llevar por sus pensamientos, a veces erráticos, a veces obsesivos.

Desde que Henry le había convencido para que le ayudara a controlar a su hermana, su vida se había puesto patas arriba. Hasta entonces su vida había sido más fácil que la de su amigo. Era el hijo único de un duque y una duquesa que se encontraban entre la flor y nata de la aristocracia inglesa. Su infancia y juventud habían sido fáciles, había estado protegido siempre, se le había exigido prepararse como lo que le correspondía como futuro duque, pero siempre había respondido con creces. No le había costado: era inteligente y no remoloneaba ante las tareas obligatorias. Su madre había fallecido antes de que pudiera echarle de menos, y su padre había fallecido cuando él ya era adulto y estaba preparado para sucederle. Lo había hecho tras una breve enfermedad que le había permitido despedirse de él sin verlo sufrir demasiado. Había heredado dos palacios en Londres, otro en Escocia, y cinco más repartidos por la campiña inglesa, además de miles de hectáreas de terrenos que le aportaban muy buenos beneficios. Tenía, por tanto, una situación económica privilegiada. Por otro lado, la fortuna le había sonreído también a la hora de dotarlo de un físico atractivo. Era alto y musculoso, tenía facciones muy masculinas y atractivas. Nunca iba a tener problemas para conseguir mujeres gracias a su fortuna, pero lo cierto es que la mayoría se acercaban también por su atractivo.

Se podría decir que lo tenía todo.

Incluso un mejor amigo fiel que sí había tenido problemas, pero que eso mismo le había llevado a conseguir otra virtud más: la de ser un amigo excelente.

Había ayudado a Henry siempre que lo había necesitado y esa ayuda le había hecho sentirse muy bien consigo mismo. Pero justo esto es lo que le había llevado al desastre en el que se encontraba en ese momento.

Por primera vez en su vida, sentía que no controlaba nada. Y no estaba acostumbrado al descontrol.

Tenía claro qué le estaba ocurriendo, pero eso no le estaba sirviendo para buscar una salida, al contrario, no hacía más que meterle en el callejón sin salida en el que se encontraba.

Katie le gustaba y le atraía sexualmente, no tenía ni una duda. Tampoco le parecía extraño: era una mujer bella y atractiva y, además, aquel carácter que alejaba a todo el mundo de ella, a él le resultaba estimulante. También había descubierto por qué le sucedía esto último: había tenido una vida demasiado fácil. Katie le aportaba aventura, le vivificaba, además de que, sinceramente, tampoco le parecía tan terrible.

El problema no era ese. El problema era la intensidad con la que le estaba ocurriendo aquello.Y lo que esa intensidad estaba haciendo con su vida.

De repente, sólo podía pensar en Katie. De repente, solo quería volver a tenerla entre sus brazos.

No entendía por qué le ocurría, pero no podía negar que era eso lo que le estaba ocurriendo.

Y no tenía ni idea de cómo salir de aquel atolladero.

La respuesta inmediata era huir: justo lo que había hecho cuando el criado los había sorprendido. Pero tenía muy claro que era algo que no debía hacer. No solo por Katie, sino por su amigo. Se había metido en aquel atolladero sin saber muy bien dónde lo hacía, pero ahora no podía desentenderse. No quería perder a Henry como amigo.

Y, sobre todo, no quería perder a Katie.

Cuando este último pensamiento se colaba en su mente, reanudaba su deambular agitado por la habitación.

¿Cómo que no quería perder a Katie? Aquello no tenía sentido: él nunca se había encaprichado de aquella manera de ninguna mujer. Y, sobre todo, aquello no tenía futuro: en una semana debía acabar todo.

Pero a pesar de que estas dos ideas eran ciertas, su cuerpo entero le pedía estar con Katie.

Edward, tan diferente a Katie, acababa llegando a la misma conclusión que había llegado ella: solo podía pensar en el día siguiente, en volver a tenerla entre sus brazos y respecto al futuro… no existía aún.

# Capítulo 38:

Con la luz del nuevo día las cosas se veían mejor.

Tanto Katie como Edward acabaron durmiendo, de puro agotamiento mental, y los rayos del sol, que iluminaron aquel día de noviembre, les hizo levantarse más optimistas de lo que se habían acostado.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que aquel optimismo no tenía nada que ver con que la encrucijada en la que se encontraban se fuera a solucionar, sino que se debía tan solo a que iban a volver a verse. Tampoco tuvieron tiempo de pensarlo demasiado, así que su optimismo se mantuvo.

Katie tuvo visita del médico, quien le comunicó que la inflamación había mejorado, pero no iba a poder quitar ni un solo día de reposo para soldar bien la fractura: aún le quedaban cuatro semanas de estar inmovilizada. Y, quizá, cinco.

Henry estuvo presente durante la visita del doctor y cuando se marchó, se preparó para una nueva rabieta, sin embargo, Katie no solo no se enfadó con las noticias del médico, sino que estuvo amable con él y con los criados durante toda la mañana. Aquello habría sido suficiente para poner a Henry contento, pero es que después de comer Katie le pidió a su doncella que le ayudara a arreglarse. Y aquel "arreglarse" no se limitó a cambiarse de vestido y asearse, sino que incluyó un peinado elaborado, polvos para iluminar sus mejillas y un collar de zafiros, que había pertenecido a su madre, que resaltaba su belleza como ninguna otra joya lo hacía. Es decir, Katie se arregló más de la cuenta y Henry supo por qué: Edward.

Aquellas eran las mejores señales que podía recibir: su plan estaba funcionando.

Por su parte, Edward también se mantuvo animado durante el día. Tenía muchos asuntos que despachar, pero adelantó trabajo

de manera eficiente y para el mediodía pudo dar un paseo a lomos de su caballo, algo que le levantaba el ánimo de manera especial.

Aunque, en realidad, aquel día no necesitaba nada que se lo levantara, con la visita a Katie era suficiente.

Capítulo 39:

A las cinco en punto exacto, mientras el reloj de pared del salón privado daba las campanadas, Jonas —sí, de nuevo le había tocado la rifa a él —abrió la puerta un poco tembloroso, con Edward a su espalda, para anunciar su visita. Ni Katie ni Edward se dieron cuenta del mal rato que estaba pasando el joven, ambos habían olvidado lo ocurrido el día anterior. Lo ocurrido con la bandeja del té, no lo ocurrido entre ellos, por supuesto.

De hecho, cuando sus miradas se unieron , tras la salida del criado, el recuerdo de lo ocurrido la tarde anterior les aceleró el corazón a ambos.

Aunque lo que más les aceleró el corazón fue lo que tenían ante sus ojos.

Edward, a Katie en la posición en la que pasaba la mayor parte de las horas, pero más bella que nunca.

Se había cambiado de vestido. Esta vez llevaba uno de color azul cielo, en una tela suave y ligera. Estaba colocado de tal manera que dejaba su tobillo al aire, pero, al mismo tiempo, creaba como un marco de espuma alrededor de ella. Se le vacía angelical y, al mismo tiempo, tentadora. Una combinación irresistible que hizo que Edward tuviera que tomar aire en profundidad para calmar la necesidad que tenía de tenerla entre sus brazos ya.

Por su parte, Katie estaba viendo al hombre más atractivo del mundo. O así lo sintió ella.

Durante los años que había pasado sin interesarse por los hombres, esa falta de interés personal no le había impedido observarlos y admirarlos cuando se encontraba ante uno especialmente atractivo.

Luego, encaprichada de McMurray, no había perdido esa apreciación. McMurray era un hombre atractivo, pero lo que le había atraído de él no era su atractivo, sino cómo la había mirado. Pero ella sabía, y así lo sentía, que había hombres más atractivos que él.

Y entre ellos, tenía un lugar destacado Edward Montague.

Era algo que siempre había sabido. Tanto su hermano como su mejor amigo estaban entre los hombres más llamativos de todo Londres. De todo Gran Bretaña.

Pero ahora era diferente. Ahora, para ella, no era uno entre unos pocos, era el único.

Porque a su evidente buen físico, a sus hombros anchos y protectores, su pecho musculado, sus piernas fuertes y esbeltas al mismo tiempo, su mirada burlona y seductora, su rostro anguloso, perfecto… A todo eso, se le añadía el recuerdo de su olor, tan masculino, como un bosque de verano junto a un arroyo, de su piel, con el punto exacto de aspereza en la zona de la barba y de suavidad en el cuello, de la calidez que emanaba de su cuerpo,donde quería quedarse a vivir para siempre, de lo que le había hecho sentir…. Katie tuvo que parar en seco aquellos pensamientos porque solo por permitirles ocupar su mente, su rostro se había teñido de rubor intenso, su respiración se había agitado y el deseo de estar ya entre los brazos de Edward se había convertido en necesidad.

Pero no podía mostrarse tan vulnerable, tan necesitada, tenía que seguir manteniendo el control de la situación, como había hecho siempre. Así que, al igual que había hecho Edward unos minutos antes, tomó aire con profundidad y tartó de calmarse.

"Despacio, vamos despacio"

Se dijeron a sí mismos los dos a la vez, en una sintonía de pensamiento similar a lo que sentían sus cuerpos al estar juntos.

Capítulo 40:

—¿Qué tal estás, Katie, ¿cómo va tu tobillo?

Edward , que había avanzado sin prisa dentro del salón y se había sentado en el mismo sillón del día anterior, soltó aquella frase cuando ya se había acomodado y había conseguido controlar su deseo desbocado.

Katie, que había pasado por el mismo proceso, aprovechó el tono formal de Edward para contestarle en la misma medida:

—No me duele, lo cual es lo mejor que puedo decir, que no es poco.

Edward sonrió, ella le devolvió la sonrisa y se quedaron los dos mirándose en silencio de nuevo, sin saber muy bien qué más decir.

Lo cierto era que no estaban acostumbrados a tener conversaciones de compromiso. Su relación había pasado por tres estados, desde la indiferencia total, pasando por el enfrentamiento a partir del día que Edward la había abordado en el baile hasta, finalmente, aquella atracción física intensa que había nublado todo lo anterior.

Hablar de banalidades o de cosas importantes, pero en aquel tono tan contenido, no les iba a durar mucho tiempo y, en efecto, no les duró:

—Y bien, ¿qué es lo que me vas a enseñar hoy, Edward?

A Katie se le daba mejor enfrentar las cosas que esperarlas, y prefería tomar la iniciativa a dejar que fueran otros quienes lo hicieran, por eso, la frase le salió con seguridad y sin un atisbo de la turbación que había sentido unos momentos antes.

Y a Edward le asombraba, pero también le fascinaba aquella forma de ser de Katie, tan diferente a las mujeres que había conocido hasta entonces.

Por eso, su primera reacción fue soltar una carcajada:

—Eres terrible, Katie —dijo, pero con una sonrisa plena.

—Sí, eso dicen —respondió ella rauda.

Esta vez rieron ambos, con una risa franca y divertida. Era innegable que había una conexión especial entre los dos, una conexión que iba más allá del cuerpo, pero solo a esta última habían decidido darle una oportunidad, así que ambos dejaron que sus risas se apagaran y fue Edward quien decidió que la lección debía empezar ya.

Era un experto seductor y también un experto amante, sin embargo, se encontraba ante algo nuevo: Katie no había recibido más caricias antes que el beso que le había dado él el día anterior. Era inexperta y, por tanto, su responsabilidad era aún mayor. Pero él era inexperto con mujeres inexpertas. Aquello le había aportado más insomnio aquella noche. No podía fallar, en su mano estaba que Katie disfrutara, sin pasar el límite que no podían pasar. Era un gran peso sobre sus hombros, pero lo cierto es que había decidido cómo empezar a hacerlo: Usando la palabra.

Iba a volver a besar a Katie, iba a volver a tenerla entre sus brazos, iba a sentir su piel y a hacer que ella sintiera la de él, iba a notar su calor y hacer que ella aspirara su aroma…, por supuesto que iba a ser una relación física, era lo que ella le había pedido…, pero iba a empezar con la palabra.

Porque la palabra, y en esto también tenía experiencia, podía provocar las mismas sensaciones que el contacto físico.

—Bueno, Katie, tienes razón, debemos empezar ya. Tenemos tan solo siete días por delante y un par de horas como mucho cada día y hoy ya hemos perdido… ¿media hora? —le dijo, poniéndose serio, como si estuviera hablando de un intercambio comercial. Pero no era un intercambio comercial, sino que estaba hablando, sin nombrarlo, de sexo.

Lo sabía él.

Lo supo Katie, ya que cuando la voz de él calló, mostró un rubor encantador en sus mejillas.

Efectivamente, aquel "debemos empezar ya" había encendido a Katie como no le había ocurrido nunca antes. Aquellas palabras, en apariencia inofensivas, en realidad estaban hablando de

besar y acariciar, de suspirar y gemir, de tocar y ser tocada… de todo aquello que su cuerpo le pedía a gritos. Y su cuerpo respondió, ¡vaya si respondió!. Su respiración se agitó, como si Edward ya estuviera junto a ella, al mismo tiempo, el vello de su piel se erizó, como si los dedos sabios de él la estuvieran tocando, y su pecho empezó a subir y bajar, con el mismo ritmo con el que quería que él se acercara a ella. Ya.

Y es lo que le dijo. Con aquella voz imperativa, con aquel deje mandón que, en realidad, tanto le gustaba a él:

—¡Ven aquí! ¡Ya!

Pero Edward no se movió, no tenía ninguna intención de hacerlo, aunque lo deseara tanto como ella. No estaba en sus planes.

—No voy a ir, Katie.

—¿No vas a venir? —la voz de ella sonó casi como un lamento.

—No —le contestó él, aumentando la agonía que ella estaba sintiendo, porque lo necesitaba ya —Aún no —terminó, dejándole una puerta abierta para que mantuviera la esperanza —Lo que voy a hacer es contarte lo que te voy a hacer hoy—continuó, con una voz diferente, ahora no tajante, sino sugerente y varonil.

Y entonces, lo que Katie estaba sintiendo, aumento de intensidad. Ya no era solo su respiración ni el vello de sus brazos, era todo su ser, por dentro y por fuera. En su interior, notó como si un río de lava la recorriera entera, un río caliente, pero que no quemaba. O si lo hacía, pero no producía dolor. Solo producía deseo, un deseo incontrolable.

Y por fuera las sensaciones fueron aún más intensas. De repente, toda su piel se hizo extremadamente sensible. Notó la tela del vestido en sus brazos, la de la camisa interior en sus pechos, en sus pezones, la de los pantaloncitos interiores en sus muslos, en su culo. Y era como si aquellas telas, delicadas y suaves, la estuvieran acariciando. Era una sensación increíble, de puro placer y puro anhelo.

Y Edward aún no la había tocado, solo le había dicho que iba a decirle qué le iba a hacer.

¿Qué era aquello? ¿Cómo podía ser que unas palabras inocentes produjeran una reacción tan poco inocente?

Parecía magia, parecía un hechizo. No sabía cómo era posible pero sí sabía que quería más.

Y lo pidió:

—¡Dímelo ya!

Edward sonrió y soltó una risa divertida.

Su plan había funcionado. Katie no le había dicho ¡dámelo!, sino, tan solo, ¡dimelo!.

Era un plan fantástico porque le había permitido excitar a Katie sin tocarle. Aquello le permitía controlarse, hacerse dueño de sí mismo antes del inevitable contacto físico, que, por supuesto, iba a llegar.

Y decidió decírselo:

—Primero me acercaré a ti, despacio pero sin pausa. No me voy a sentar, tan solo me agacharé, para estar a tu altura. Y entonces permaneceré un momento mirándote, sin tocarte. Y tú querrás que te toque, pero no lo haré. O mejor dicho, sí lo haré, pero no donde tú quieres.

Katie abrió los ojos como platos, cuando escuchó que no la iba a tocar, y los relajó un poco de nuevo cuando él dijo "no donde tu quieres" porque eso significaba que sí iba a hacerlo y que estaba equivocado, porque a ella le daba igual dónde iba a tocarla, solo quería que lo hiciera.

Y Edward empezó a moverse, tal y como le había anunciado: despacio, pero sin pausa, se acercó a medio metro de ella, se subió los pantalones pellizcando la tela de las perneras y tirando con seguridad hacia arriba y se agachó, en un gesto ágil. Se quedo así, agachado, pero manteniendo su cara a la altura de la de ella. Y sus ojos.

Y su boca.

Y ella no pudo evitar soltar un suspiro, mezcla de alegría, por tenerlo tan cerca, y de urgencia, porque aún lo quería tener más.

Su respiración se hizo más presente, se escuchaba, de manera muy suave, pero también alterada, y Edward sonrió levemente y la miró a los ojos.

Sin apartar la mirada, fue extendiendo la mano, muy despacio, pero acercándola a su rostro.

La respiración de Katie se agitó aún más. Seguía siendo suave y superficial, pero más acelerada. No podía quitar su mirada de los ojos de Edward, pero por el rabillo del ojo veía la mano de él acercándose a su rostro ¿Dónde la tocaría?, ¿en la sien?. ¿en la mejilla? ¿dibujaría los labios con su dedo?. Por un momento le pareció que iba a ser eso último. Notó sobre sus labios el calor que emanaban los dedos de Edward, casi pegados a su piel, pero luego, en un gesto inesperado, los apartó.

Fue apenas un milímetro, pero fue suficiente como para que ella percibiera la ausencia, como un abismo. Cogió aire en profundidad, como si se estuviera quedando sin él, pero entonces él, tal y como le había prometido, la tocó.

En un lugar inesperado.

Los dedos de Edward, hábiles, cogieron un mechón del pelo de Katie que se había desprendido del peinado. El mechón caía por el centro de su rostro, a unos dos centímetros de tocarle la piel. Llevaba ahí un buen rato y en cualquier otra circunstancia Katie lo habría apartado tras la oreja,para que no le entorpeciera la visión. Pero estaba concentrada en lo único que le importaba: Edward y lo que iba a hacerle, y el mechón no le había molestado.Ni se había dado cuenta de que estaba ahí.

Ahora, el mechón se convirtió en el centro de todo solo porque Edward lo había convertido en el centro de sus caricias.

Porque Edward estaba acariciando el mechón, con dedos hábiles y suaves, como si fuera la joya más preciada. Y ella estaba sintiendo aquellas caricias solo siguiéndolas con la vista.

Y, de manera asombrosa, su cuerpo respondió a esas caricias con más plenitud y más deseo.

Si alguien le hubiera dicho unas horas antes que una simple caricia en un mechón de pelo le iba a producir aquel efecto, se habría mostrado escéptica, pero estaba ocurriendo. Cada vez que Edward enrollaba el mechón en su dedo índice sentía como si mil dedos tocaran su piel entera. Cada vez que Edward soltaba el

mechón, retenía la respiración y no volvía a cogerla hasta que él de nuevo lo agarraba.

Era una delicia y una tortura al mismo tiempo, porque, aunque era una sensación maravillosa, no era suficiente.

Por suerte, Edward era de la misma opinión:

—Y ahora —volvió a hablar Edward, pero esta vez con una voz diferente, más grave y ronca, más sensual —voy a tirar levemente de este mechón. Va a ser imperceptible casi, no vas a notar dolor, de hecho, te vas a mover más por lo que acabo de decir que porque sientas el tirón, pero lo vas a hacer. Te vas a acercar a mi rostro, tu, no yo, hasta que tus labios se unan a los míos. Y cuando eso ocurra, no te moverás más. Querrás hacerlo, pero te lo prohibo. Tendrás que hacer solo lo que yo te diga: aunque no voy a decir nada.

Lo que acababa de escuchar tenía poco sentido, por no decir que no tenía ninguno. Pero a Katie no le importó, estaba fascinada con la voz de Edward y con lo que le había hecho sentir. Y, de hecho, empezó a hacer lo que él le había dicho.

¿Noto un ligero tirón de su mechón, o simplemente quiso notarlo? Si fue la primera opción, fue tan leve que realmente no lo notó. Lo que sí notó fue una fuerza invisible que le hacía acercarse a él. Así que siguiendo paso a paso lo que él acababa de ordenarle —porque había sido una orden —fue moviendo su cabeza hacia él.

De hecho, ni siquiera se le podía llamar movimiento a lo que hizo, sino destino: no tenía otra opción que unir sus labios a los de él.

Cuando el contacto se produjo, se quedó quieta, tal y como él le había dicho, pero sintió que por fin todo estaba bien, que ese era su lugar.

# Capítulo 41:

Y entonces entendió la otra orden, aparentemente incomprensible: "tendrás que hacer solo lo que yo te diga: aunque no voy a decir nada".

Porque, efectivamente, Edward no dijo nada más, pero ella supo lo que él quería de ella. Y lo supo gracias a los movimientos de él, que funcionaron como si fueran órdenes.

Edward movió sus labios. Sobre los de ella, al principio, con suavidad, reconociéndolos, pero poco a poco aumentando la presión y la intensidad.

Y ella entendió la orden, que no era otra que seguir ella también su necesidad.

No le hizo falta a Edward hablar para que ella entendiera lo que debía hacer.

Y no le hizo falta, porque lo que debía era lo que quería. Lo que necesitaba.

Necesitaba sentir los labios de él en los suyos como si fueran parte de ella, o ella de él. Necesitaba abrirlos, levemente, para que sus alientos se mezclaran. Necesitaba abrirlos un poco más para que sus lenguas se juntaran. Y se reconocieran, al principio con timidez, poco a poco con necesidad y, finalmente, con urgencia.

La lenguas se unieron en un baile que mezclaba deseo y saciedad, y entonces de los labios de Edward sí salió un sonido, pero no fueron palabras, sino un gemido gutural y ronco, que hizo que Katie entera se encendiera y respondiera con otro gemido, en su caso dulce y rendido.

Aquel beso se extendió y estiró, se convirtió en otros más pequeños, él, sobre el cuello de ella, ella sobre el cuello de él. Y así continuaron, empezando él, copiando su movimiento ella: en la nuca, en el hueco que el cuello hacía en el centro de su base.

Apenas hablaron, pero no les hizo falta, hablaban sus labios, sus bocas, su piel, su cuerpo entero.

Aquel día no pasaron de besarse y acariciarse en el cuello, en la cara y en la cabeza, pero cuando por fín se separaron, solo porque el reloj había marcado las siete y debían hacerlo, Katie sintió que necesitaba más y más abajo, y en un movimiento osado que él no había alentado, le cogió la mano derecha y la apoyó sobre su pecho.

Y Edward se quedó sorprendido, pero en un primer momento no quitó la mano.

Notó como el pecho de Katie se adaptaba perfectamente a su mano, como si esta fuera el molde en el que se había creado aquel. Notó el calor tibio y dulce que emanaba de él, a pesar de que se interponía la tela del vestido y de la camisa interior. Pero, sobre todo, notó como el pezón, que adivinó pequeño, se ponía duro poco a poco, hasta que su dureza fue evidente y sugerente y necesitó tocarlo, pellizcarlo. Y a punto estuvo de hacerlo, porque cuando sintió ese deseo miró a Katie y vio que sus ojos estaban suplicantes, y su boca, ligeramente abierta, parecía pedirle que lo hiciera.

No lo hizo porque, precisamente, quería más placer y quería, sobre todo, que lo sintiera ella: el placer que proporciona el aplazamiento, la agonía de la espera que culmina en una explosión.

—Mañana.

Dijo tan solo. Y se levantó, se colocó bien la ropa y salió sin decir nada maś, tan solo mirándola fijamente con aquella promesa aplazada.

Y Katie se quedó con la respiración agitada, el cuerpo hecho volcán y líquido, el deseo insatisfecho, pero la convicción de que estaba viviendo las mejores horas de su vida.

Y aún le quedaban muchas por vivir.

Capítulo 42:

Los días fueron pasando con una cadencia peculiar. Por un lado, parecieron estirarse y hacerse eternos. Las dos horas que pasaban juntos se hicieron inmensas, un mundo entero. Cuando estaban juntos todo se detenía, no había nada más que ellos, solos. Nada más era necesario.

Pero, al mismo tiempo, los días pasaban demasiado deprisa y aquello les recordaba que iba a terminar.

Tenían siete días tan solo.

Para estar en el paraíso.

Un paraíso que mejoraba día a día.

El primer día habían explorado los besos, pero solo en la cara, el cuello, la cabeza.

El segundo, siguieron besándose, también en los hombros, el esternón, la parte alta de la espalda…y también les tocó el turno a los pechos de Katie, tal y como ella había exigido y él anticipado, pero fueron caricias encima de la tela y caricias cortas. Porque Edward mandaba y quería alargar la agonía solo para disfrutar más, para hacerle disfrutar más a ella.

Aunque ¿era cierto que Edward mandaba?

La respuesta correcta era que sí, pero también que no.

Él empezaba contándole a Katie, mientras se acercaba y con aquella voz ronca, qué le iba a enseñar ese día, pero todos los días Katie introducía una variación.

Improvisaba.

Tomaba la iniciativa.

Mandaba también.

Y Edward se sorprendía, se excitaba, porque nunca había conocido a una mujer tan dueña de sí misma y también aceptaba sus avances, pero con condiciones.

El cuarto día, después de haber explorado sus cuerpos de cintura hacia arriba, cubriéndolos de besos, caricias y, sí, finalmente,

pellizcos ligeros en los pezones, algo que Katie había pedido el día anterior, Katie intentó quitarle la camisa a Edward, pero él le paró:

—Necesito tocar tu piel, Edward —dijo ella, con la voz tomada por el deseo.

—Aún no —le contestó él, con la voz tomada por el deseo, pero también firme en su determinación.

No le dijo que él también lo necesitaba y no solo eso, sino que necesitaba tocar la piel de ella, su cuerpo entero, tomarla, poseerla… esto último no lo iba a hacer, por supuesto, pero no se engañaba a sí mismo: lo necesitaba.

En cualquier caso, estaba siendo capaz de controlarse, de llevar las caricias solo hasta el punto de retorno y estaba orgulloso de sí mismo. Insatisfecho, pero orgulloso.

Como Katie no tenía su mismo autocontrol y necesitaba más, por eso, decidió dárselo, no en la forma que ella le estaba pidiendo, sino en la forma de promesa:

—Katie, hay que ir despacio, para que el deseo no se nos desborde.

—Pero…—empezó ella con voz lastimera, algo que encendió aún más a Edward, que tuvo entonces que besarla, para dejar de escuchar aquella voz que le excitaba más que nada.

Y después del beso, que incluyó caricias en sus pecho, Katie, más calmada, pudo escuchar el plan que Edward le proponía:

—Esto es lo que haremos, mañana, que es el quinto día: te descubriré la ropa hasta el inicio de tus pechos y sí, me quitaré la camisa y podrás acariciar mi torso y mi espalda.

—!Ohi —dijo Katie, con un suspiro ahogado que mostró el placer que estaba sintiendo solo anticipando lo que iba a venir.

—El sexto día —continuó Edward, mientras besaba sus hombros —Te descubriré entera, desde la cintura hacia arriba, y te tocaré en todos tus huecos y recovecos, y tú lo harás conmigo, y pegaremos nuestros cuerpos y nuestras pieles se hará una.

—¡Oh! —volvió a gemir ella, mientras se mordía el labio inferior y Edward se controlaba para no hacer aquello ya.

—Y el último día, tocará acariciarnos, ambos, debajo de la cintura: todo, nuestras piernas, nuestros traseros… nuestros sexos.

Katie abrió los ojos, como platos y su expresión fue de gozo y agonía al mismo tiempo.

—¿Sin ropa?

—No Katie, esa frontera no la podemos pasar, no sería dueño de mí mismo.

Admitió.

Y ella asintió, aunque no pudo evitar poner una expresión de desilusión.

Edward sintió un alivio inmediato. Tenía claro que bajo ningún concepto rompería la promesa que le había hecho a Henry de no tocar la virginidad de Katie, no por aquella promesa, sino porque era un caballero.

Nunca había tenido relaciones con una mujer virgen, porque tenía claro que si alguna vez lo hacía sería con su esposa. Cualquier otra opción, convertía a un hombre en un canalla y él no lo era ni lo iba a ser.

Pero también sabía que para cumplir eso, Katie no debía quedarse desnuda completamente ni, por supuesto, él. Por eso, aquel era su último límite: sin ropa de cintura hacia arriba, con ropa de cintura hacia abajo, y no lo iba a traspasar.

Katie, a pesar de su evidente desilusión, tampoco lo iba a hacer, por eso no protestó más. En su lugar, volvió a besarlo, con el hambre y el deseo que se apoderaba de ella cuando estaban juntos y, finalmente, acercándose al oído de él, en voz baja y sugerente le dijo:

—Quiero que sea mañana ya.

## Capítulo 43:

Al día siguiente los planes que Edward le había contado a Katie se cumplieron en su totalidad. Le descubrió la ropa, con besos y caricias expertas, dejando el borde de la camisa justo en el nacimiento de los pezones, que quedaron tapados tan solo por la fina batista de la ropa interior.

Fue para Katie una agonía maravillosa, se encendió aún más que los días anteriores, pero también sintió más placer, sobre todo cuando, por fin, Edward se quitó la camisa y quedó desnudo de cintura hacia arriba.

Fue un placer a diferentes niveles, cada uno de ellos maravilloso y sorprendente para Katie, ya que no había vivido nunca nada igual. Fue un placer para su vista. El cuerpo de Edward era perfecto, pero sin ropa, lo era aún más. Katie admiró los músculos de sus hombros, pecho y espalda, perfectamente marcados, como si estuvieran esculpidos por un escultor que buscaba la perfección. No pudo evitar tocarlo, al principio como si fuera algo frágil, enseguida, con hambre de su tacto, y se dio cuenta de que aquel físico imponente, era también suave y cálido. Y cuando se llenó de él por medio de la vista y el tacto, necesitó más y entonces lo besó. Entero. Sin dejar un centímetro de su piel sin recorrer con sus labios.

Fue un festín inesperado, porque al placer que le habían aportado dos sentidos, se unió el de otros dos: el gusto y el olfato, que le produjeron aún más placer del imaginado. El sabor ligeramente salado de Edward, justo con el olor a limpio y bosque que emanaba su cuerpo, hicieron que la experiencia fuera deliciosa.

Hubo además un efecto inesperado en ella. Nunca había pensado que dando se pudiera recibir tanto. No solo tanto, sino más que recibiendo. Al menos en su caso, llevaba toda su vida pidiendo atención y realmente aquella actitud solo le había traído dolor. Ahora

descubría que dar era maravilloso y que solo aportaba felicidad y placer.

Aunque claro, aquel dar era con Edward. Y con él también recibir era una maravilla.

De hecho, entre caricia y caricia de ella a él, Edward le daba a ella también besos y caricias maravillosas. Es decir, la danza que llevaba practicando cinco días funcionaba porque eran ellos quienes la estaban realizando.

Aunque había un lado oscuro que ninguno de los dos había nombrado en alto hasta entonces y en el que tampoco querían pensar en soledad: eran solo siete días y el plazo se estaba acabando.

Al finalizar aquel quinto día, tanto él, nada más salir del palacio, como ella, nada más ver que la puerta se cerraba tras él, sintieron el aguijón de la tristeza por saber que solo quedaban dos días, pero lo solventaron de la misma manera: "son dos días aún", y decidieron dejar pensar en lo que iba a terminar y se concentraron en lo que aún iba a pasar.

Y llegó el sexto día. El día que Edward le había prometido a Katie que la desnudaría y acariciaría de cintura hacia arriba, entera y sin tregua.

Y tanto él como Katie durmieron nerviosos y excitados por lo que iba a ocurrir.

# Capítulo 44:

Pero el destino y sus recovecos tenían otros planes.

Capítulo 45:

Edward supo que algo estaba ocurriendo nada más poner un pie en el jardín de los Ashcombe antes de tocar el timbre de la puerta.

Todas las tardes el ceremonial era igual, llegaba dos minutos antes de que fueran las cinco, tocaba el timbre y en unos segundos el mayordomo le abría la puerta y le conducía al salón privado en el que Katie le esperaba. Mientras admiraba lo bella que era, el reloj de pared del salón tocaba las cinco campanadas, un tiempo y una cadencia que él aprovechaba para dar cinco zancadas y situarse frente a ella .

Pero aquel día todo estaba diferente, desde el inicio.

Tocó el timbre, pasaron los segundos de rigor, pero nadie abrió. Pasó un minuto. Dos. Y las campanas empezaron a sonar y nadie abría la puerta.

Edward, que era tranquilo por naturaleza, se empezó a inquietar. Aquello no era normal. El servicio de los Ashcombe era profesional, si el encargado de abrir la puerta estaba indispuesto, era otro criado quien asumía su trabajo. Todo funcionaba como un reloj, gracias a la gestión de la servidumbre que hacía el propio Henry, así que algo tenía que haber ocurrido para que nadie abriera la puerta.

Justo cuando estaba a punto de volver a llamar, se abrió la puerta de golpe y lo que apareció al otro lado confirmó que algo extraño estaba ocurriendo.

Al otro lado no estaba el mayordomo que abría habitualmente, ni siquiera uno de los múltiples criados varones que podían suplirle si fuera necesario, no, al otro lado había una mujer. Joven. En concreto, la ayudante de la cocinera, Molly, una jovencita pizpireta y muy despierta que había empezado a trabajar en el palacio un año atrás. Una jovencita con la que Henry estaba muy

contento, pero siempre en ralación a su trabajo en las cocinas, el único lugar en el que tenía que trabajar.

Edward parpadeó varias veces por la sorpresa. Además, no era solo que fuera Molly quien le había abierto, quizá la última entre todos los sirvientes que debería haberlo hecho, sino que la joven tenía una expresión angustiada y mechones de pelo escapando de la cofia que siempre utilizaba.

—¿Estás bien, Molly?

No era la pregunta más apropiada quizá, pero Edward no pudo evitar que esas fueran las primeras palabras que salían de su boca, ya que la joven se veía alterada.

Pero justo aquellas palabras hicieron que ella asumiera su papel con más profesionalidad.

—Sí, sí, milord —empezó, intentando darle a su voz la seriedad que el puesto requería, justo después de recolocarse los mechones rebeldes —Ha habido un… un pequeño incidente y yo estaba cerca y por eso he venido yo a abrirle la puerta —continuó, dándole unos datos que él no le había pedido, pero que levantaron su curiosidad.

—¿Un pequeño incidente? —preguntó, mientras entraba en el palacio.

—Sí… bueno… —vaciló Molly — Louis, el mayordomo… una herida.. pequeña….

Molly lo estaba intentando, pero estaba nerviosa por el papel que le estaba tocando hacer y no terminaba de explicarle qué había ocurrido. Además, a medida que avanzaban, rumbo al salón en el que debía estar Katie, Edward observó más anomalías. La fundamental, que una parte de la lámpara que colgaba en el centro del recibidor se había roto y los trozos de cristal estaban esparcidos por el suelo. También vio unas gotas de sangre, pocas, pero llamativas, y dos criados y una criada intentando recoger y limpiar todo.

No le quiso importunar más a Molly con preguntas, bastante nerviosa estaba ya, pero también pensó que ya no le hacía falta. Con lo que estaba viendo se hizo una idea de lo que había ocurrido: seguramente la lámpara se había roto instantes antes de que él

tocara la puerta. El mayordomo había resultado herido, esperaba que de poca importancia, y aquello había provocado un revuelo de criados intentando ayudar al herido y también recogiendo los cristales. Tal y como la misma Molly le había dicho, ella estaría en ese momento cerca de la puerta y al ver que nadie abría por el revuelo del accidente, se había ocupado ella.

Sí, todo encajaba a la perfección, no había habido más que un pequeño retraso en sus planes, en unos instantes estaría con Katie, en el oasis en que habían convertido el salón privado: en su paraíso.

Sin embargo, las anomalías continuaron.

Primero, una muy leve.

Cuando llegaron a la puerta del salón, Molly, que durante el trayecto parecía haber asumido mejor su función, volvió a perder la compostura. Puso la mano en el pomo y se dispuso a abrir la puerta, pero en vez de hacerlo, se giró de nuevo hacia él y lo miró de una forma… extraña. Casi como si estuviera asustada. Casi como si estuviera a punto de abrir las puertas del infierno.

Edward empezó a entrar en el salón pensativo con aquella actitud, sin quitarle la vista a la joven hasta el último momento, justo cuando ya estaba dentro. Y entonces cambió la dirección de la mirada, dispuesto a olvidar las cosas extrañas que estaban ocurriendo y deseando centrarse en Katie y en lo que iban a hacer aquel día, pero entonces vino la última anomalía, la peor.

Mientras escuchaba cómo Molly cerraba la puerta tras él, vio que en el sofá no había nadie, Katie no estaba.

El desconcierto duró poco, un par de segundos tan solo, aunque durante esa fracción de tiempo su corazón se detuvo. Luego, un ligero sonido, como el que hace un vestido delicado al moverse, captó su atención a su izquierda.

Y ahí estaba Katie, junto al gran ventanal que daba al jardín. De pie, apoyada en unas muletas de madera, con el pie herido levantado sin apoyar en el suelo. Y con su preciso rostros crispado y enrojecido.

Antes de que pudiera decir ni hacer nada, ella avanzó hacia él, apoyada en las muletas, cojeando, y cuando estuvo a su lado

dijo, con voz ahogada:

—Edward.

Y se refugió entre sus brazos mientras empezaba a llorar sin consuelo.

## Capítulo 46:

Tener a Katie entre sus brazos era lo mejor que le había ocurrido en su vida, pero no de aquella manera. La sensación de tenerla abrazada, tan ligera y suave, tan intensa al mismo tiempo, seguía siendo maravillosa, el calor que irradiaba su cuerpo y el ligero perfume de flores que emanaba de su piel seguían siendo embriagadores, pero escucharla llorar era una de las peores cosas que le había ocurrido nunca.

Él trataba de protegerla de aquello que le había producido aquel llanto desconsolado, abrazándola contra sí, meciéndola entre sus brazos, convirtiéndose en su lugar seguro, pero Katie no paraba de llorar y de hipar contra su pecho. Era la viva imagen del desconsuelo.

Después de unos minutos que se le hicieron eternos, durante los cuales se limitó a abrazarla y a besarle el cabello, en un intento infructuoso de calmarla, decidió preguntarle:

—¿Qué ha ocurrido, Katie?

No esperaba respuesta, viendo lo mal que estaba, sin embargo, su pregunta fue como un acicate para ella y le permitió salir del círculo de llanto perpetuo en el que estaba encerrada desde que él había llegado y le contestó:

—¡No me quieren!

Edward alzó una ceja, impresionado con aquella afirmación tajante, pero también contento porque Katie parecía volver a ser ella misma, ya que había soltado la frase sin llorar y con toda la fuerza de su carácter.

—¿Quién no te quiere, Katie? —continuó preguntando él, ya como táctica, para intentar sacarla del drama en el que estaba.

—¡No me quiere nadie!

Edward alzó otra vez la ceja, esta vez aún más arriba, ya que la estrategia no parecía ir bien y el drama se había multiplicado. Así que decidió él también ser exagerado, para contrarrestar a Katie.

—Eso no es cierto, Katie.

Funcionó, porque Katie alzó su cara y lo miró, con el ceño fruncido y ya sin lágrimas en los ojos.

—¿Ah no? ¿Y quién crees tú que me quiere?

Edward tuvo que hacer esfuerzos para no sonreír. Katie no desperdiciaba la ocasión para meterse en un duelo. Y él lo iba a aprovechar, para alejar de su mente lo que fuera que le había hecho llorar.

—Te quieren tus hermanos.

—¿Mis hermanos? — al principio pareció que iba a funcionar y se iba a meter en una discusión con él, sin embargo, acababa de meter la pata sin darse cuenta, ya que nada más soltar aquella pregunta en alto, desafiante, su cara volvió a descomponerse en una expresión de extrema tristeza y volvió a llorar, de manera más intensa que al principio, aunque pareciera imposible.

Y Edward, viendo que se le iba de las manos completamente, decidió aceptar la situación pero también actuar para darle a ella la mayor protección posible. Se agachó, cogió sus piernas entre sus brazos y la alzó, como si fueran una pareja entrando en la cámara nupcial por primera vez, como si fuera un caballero salvando a una dama de un dragón, y ella,  refugiado su cuerpo entero en el hueco del cuerpo de él, siguió llorando, pero completamente protegida.

Capítulo 47:

No volvieron a hablar durante mucho minutos. Edward, sin dejar de abrazarla contra sí, se había acercado al sofá sobre el que reposaba ella siempre y se había sentado con ella encima, mientras continuaba besándola para intentar calmarla.

Ella se acurrucó, sintiendo aquella protección y poco a poco se fue calmando. El llanto se hizo menos angustioso, la respiración se fue tranquilizando y, finalmente, muchos minutos después, se calmó del todo.

Y Katie, por fín, pudo contarle lo que había ocurrido.

—Estaba ilusionada, pero también muy nerviosa, faltaban cinco minutos para que llegaras y los minutos se me estaban haciendo eternos, no veía el momento de que entraras por la puerta.

Edward sintió que su corazón se aceleraba. Katie estaba con las defensas bajas, desde luego, ya que en situación normal era impensable que le hubiera confesado algo que le hacía tan vulnerable. Sin embargo, él no tenía la menor intención de aprovecharse de esa vulnerabilidad, al contrario, la felicidad que sentía por tenerla entre sus brazos se ensanchó al escuchar aquello.

—Yo también estaba deseando verte.

¿Por qué disimular? Había decidido ser sincero también él. Estaba claro que habían entrado en un terreno nuevo en su relación, un terreno que ninguno de los dos sabía a dónde les iba a llevar, pero en aquel momento aquello era lo de menos.Lo importante era que estaban juntos y querían estarlo.

—Pero todo se estropeó cuando entró Christian.

Katie cambió el tono de voz al decir aquella frase, que sonó enfadada. Y de alguna manera Edward se contagió de su enfado. La aparición de Christian había sido inconveniente para ella, pero también para él, aunque fuera en el relato tan solo.

—¿Y?

Le dijo tan solo, animándole a seguir.

—Venía a buscar no sé qué documento que no encontraba en su habitación. Empezó a revolver todo, sin encontrarlo, y yo me di cuenta de que se iba a alargar e iba a coincidir con tu lelgada. Y me puse más nerviosa aún, pero unos nervios mezclados de enfado, porque estaba interrumpiendo el mejor momento del día. Solo quería que se marchara.

—Entiendo.

Dijo él, con sinceridad absoluta, ya que él también quería que Christian se marchara del relato de una vez.

—Y se lo dije.

—Se lo dijiste…

—Sí… y no le hizo gracia.

—Ya.

—Le grité —dijo ella, bajando el tono y la cabeza, como avergonzada, pero enseguida la levantó y mirándole con determinación, añadió —no sé pedir las cosas sin alterarme y alterar a los demás.

Las lágrimas llenaron de nuevo sus ojos.

Edward pensó que entre todas las cosas insólitas que estaban ocurriendo aquellos días, aquella era la más insólita: Katie reconociendo que podía estar equivocada o que podía hacer las cosas mejor. En cualquier otro momento lo habría considerado un triunfo, pero en ese momento no tanto. De hecho, le llevó la contraria, con sinceridad.

—No sea tan dura contigo misma, es normal que perdieras los nervios, yo también lo habría hecho.

—Pero yo lo hago siempre.

Respondió ella, incidiendo en el cambio que se estaba operando en ella, y volvió a llorar desconsolada.

Dos minutos de abrazos después, de nuevo calmada, continuó con su relato:

—Pero no acaba todo ahí, Christian respondió, como no podía ser de otra manera, y me dijo todo tipo de cosas horribles antes de salir de la habitación. Y antes me habría dado igual, pero

ahora…ahora…—una lágrima resbaló por su mejilla —ahora me duele.

—Katie —empezó él —ha sido una discusión entre hermanos, es normal que…

—Es que no acabó ahí —le cortó ella —cuando salía por la puerta diciendo que nadie me soportaba, le tiré un almohadón, con tan mala suerte que golpeó uno de los cristales de la lámpara del techo. El cristal cayó al suelo, Louis, que salía hacia la puerta a abrirte se agachó a recogerlo y fue cuando se cortó el dedo.

En ese punto Edward se preocupó un poco.

—¿Se ha hecho mucho daño?

—Me han dicho que no, que ha sido aparatoso por la sangre, pero solo es un rasguño.

Edward sonrió y ella, como si estuviera ante un espejo, lo hizo también, aunque fuera tímidamente.

Y aquel fue el punto de inflexión a partir del cual Katie empezó a superar el episodio, cuando se dio cuenta de que, quizá, como la sonrisa de Edward transmitía, lo que había ocurrido no era tan grave. Quizá había sido tan solo una pelea entre hermanos y ella, que estaba con la sensibilidad a flor de piel por todo lo que estaba viviendo con Edward, había magnificadp el asunto.

Y también fue capaz de aceptar que se equivocaba.

Y también fue capaz de llorar.

Sí, la sonrisa de Edward y el reflejo en la de ella pareció marcar el inicio de algo nuevo, algo bueno, algo quizá maravillososo…el problema fue que justo en ese momento el reloj dio las campanadas que señalaban que Edward se tenía que ir.

—No te vayas.

Soltó ella aferrándose a él.

Y Edward amplió su sonrisa.

—No me voy aún, me quedo un poco más.

Y se quedó una hora más, justo hasta la hora de la cena en el palacio de los Ashcombe.

Durante esa hora continuaron abrazados, besándose y riendo, quitando hierro definitivamente a lo que había ocurrido y

creando entre ellos un lazo más fuerte que el que llevaban seis días creando.

No cumplieron los planes de Edward para aquel día, pero aquello no fue malo, simplemente, su relación había dado un paso hacia algo diferente que el sexo, pero no menos intenso y profundo.

Aunque cuando Edward se marchó finalmente, se despidió con una promesa excitante:

—Mañana cumpliremos lo que tocaba hoy y lo que toca mañana.

Katie, que ya estaba tranquila, sacó una sonrisa plena y sus ojos brillaron, mientras despedía con la mano a Edward.

Ninguno de los dos recordó que el día siguiente era el último.

Capítulo 48:

Edward salió del palacio con el corazón pleno.

Lo que había empezado como un desastre no podía haber acabado mejor.

El episodio que había desencadenado el llanto de Katie, había sido leve, tal y como le había dicho a ella. Cualquiera de los enfados anteriores de Katie superaba lo que había ocurrido aquel día. Lo más reseñable había sido la herida de Louis, pero había sido algo involuntario y ella, por tanto, no era culpable de lo ocurrido. Además, tal y como había dicho ella, a pesar de lo aparatoso de la sangre, Louis tan solo tenía un rasguño que sanaría en unos días y que ni siquiera le iba a dejar una cicatriz. Por otro lado, Henry no estaba en el palacio cuando había ocurrido aquello, así que con un poco de suerte, ni se enteraría. Esto era bueno para el propio Henry, que se había evitado un nuevo disgusto, pero también para Katie.

Esto es lo que iba pensando Edward, cuando una hora después de haber salido del palacio de los Ashcombe y de haber pasado por el suyo para asearse y cambiarse de ropa, se dirigía al club de caballeros en el que le esperaba una velada de charla y juego con sus amigos. Aquella velada le iba a venir bien para aligerar las intensas emociones de aquel día.

Sin embargo, en cuanto llegó se dio cuenta de que la velada no iba a ser tan tranquila, ya que Henry le estaba esperando serio y le abordó de una manera extraña e inesperada:

—Me gustaría hablar contigo en privado, Edward —le dijo serio, ante la mirada extrañada del conde de Framore y el marqués de Pemberton, con quienes iban a echar una partida de cartas.

—Oh, sí, por supuesto —Contestó Edward, mientras ambos se dirigían al cuarto privado en el que se solían realizar las conversaciones que requerían intimidad.

—¿Ocurre algo? —le dijo Edward nada más entrar, intrigado.

—No, bueno… —empezó Henry, que había cambiado la expresión de extrema seriedad por una que intentaba ser más acorde con su amistad, pero sin poder evitar mostrar tensión en sus mandíbulas —me gustaría saber cómo van las cosas con Katie.

—Oh… sí…claro…—empezó, titubeante, porque no esperaba una pregunta así, a bocajarro. Y porque no estaba preparado para responderle, porque ¿qué le iba a decir?: ¿que había disfrutado cada uno de los segundos que había pasado junto a Katie?, ¿que estaba deseando que llegara el día siguiente para tenerla entre sus brazos de nuevo?.

Evidentemente, no le podía decir nada de todo aquello. En rigor no había roto la única condición que le había puesto Henry. Además, implícitamente, Henry le había dado permiso para hacer lo que estaba haciendo con su hermana, pero una cosa era dar algo por supuesto y otra verbalizarlo. Así que no sabía muy bien qué decirle y terminó por decirle una obviedad que no era mentira.

—Lo cierto es que va bien, sí.

Henry se había dado cuenta de su titubeo y de que había respondido con una vaguedad, así que volvió a ponerse serio y frunció el ceño:

—Bien ¿qué?

—¿Qué quieres decir?

Respondió Edward con una pregunta, desconcertado con la actitud de su amigo.

—Si no recuerdo mal, había un objetivo en tus visitas a mi hermana, no me queda claro si ese "bien" se refiere a ese objetivo o a otra cosa.

Edward miró a su amigo de hito en hito. La conversación estaba siendo tensa como mínimo. Pero Henry tenía razón al aludir al objetivo, lo impactante era que él lo había olvidado por completo.

—Oh, claro, sí, cómo no, me refería al objetivo —mintió, antes de decir una verdad — Creo que Katie ya no se acuerda de McMurray en absoluto.

Henry pareció relajarse y Edward se relajó con él, ya que había respondido lo adecuado. Con un poco de suerte, Henry daría por terminada la conversación y podrían volver a jugar a las cartas.

Sin embargo, Henry quiso añadir algo más.

—Me alegra mucho oírlo, sobre todo teniendo en cuenta que, según me dijo Katie, mañana es el último día de tus visitas a mi hermana y…

—¡¡¿Es el último día?!!

Edward se dio cuenta de que acababa de cometer un error demasiado tarde, pero es que con el disgusto de Katie, había olvidado por completo aquello y no había podido evitar soltar su sorpresa, y su descontento, en alto.

—¡¡¿Te has olvidado de eso?¡¡ Pero, ¿qué está ocurriendo entre mi hermana y tú?

Finalmente Henry, claramente enfadado, soltó en alto lo que le tenía tan alterado: sospechaba que Edward había ido demasiado lejos.

En cuanto Edward se dio cuenta de cuál era el problema, se apresuró a tranquilizarlo:

—Henry, no, ha sido un olvido momentáneo, lo tengo muy presente. Y entre tu hermana y yo no ha pasado nada que no tenga que pasar, no te preocupes, todo va perfectamente.

Henry se tranquilizó un poco:

—Entonces, mañana acabarás tus vistas y ¿qué crees que va a ocurrir los días siguientes? ¿volverá a encapricharse de McMurray? ¿o pasará a llorar por ti?.

Edward tardó unos segundos en contestar. La primera respuesta la tenía bastante clara, la segunda… no solo no la tenía clara, sino que le afectaba tan solo pensarla, pero algo tenía que contestar.

—No estoy dentro de la cabeza y el corazón de Katie, pero juraría que McMurray es pasado definitivamente. Respecto a mí, no lo sé, Henry, pero por mi parte voy a hacer lo posible para que todo transcurra de la mejor manera posible.

En realidad no había dicho nada claro, pero Henry pareció tranquilizarse por fín y dio por terminada la conversación:

—Bien, bien, veremos. En cualquier caso, lo de McMurray es lo mejor que podía escuchar. Gracias, Edward.

—De nada, Henry —le contestó, un poco envarado.

—¿Vamos a jugar a las cartas?

Con esa propuesta, Henry dio por terminada la conversación y ambos salieron a reunirse con sus otros dos amigos, con los que pasaron un fin de velada muy agradable.

## Capítulo 49:

Efectivamente, el fin de la velada fue agradable, pero cuando Edward volvió a su palacio, ya de madrugada, lo hizo con un dolor de cabeza bastante intenso y una extraña sensación en la boca de su estómago.

El dolor de cabeza se lo había producido Henry con su tensa conversación. Estaba claro que su amigo no se fiaba de él y, por desgracia, tenía parte de razón. No había cruzado el límite impuesto con Katie, ni lo iba a hacer, pero sí había cruzado otros límites. Y esto era lo que le producía la sensación en la boca del estómago.

Había cruzado los límites que se había autoimpuesto toda su vida. Katie era la hermana de su mejor amigo, era noble e inocente, era virgen. Es decir, era el tipo de mujer que había evitado hasta entonces. Era el tipo de mujer a la que se habría permitido acercarse diez años después, pasada largamente la treintena, dispuesto a sentar cabeza y casarse. Pero no ahora. No aún.

Sin embargo, lo había hecho: espoleado por Henry, a regañadientes…, pero lo había hecho.

Y el resultado, a la vista estaba, era, cuando menos, inquietante.

No solo por la actitud de Henry, sino porque Katie, de repente, había pasado a ocupar toda su mente.

Nunca, ni en los tiempos en que se había encaprichado de Lady Hetfield, una de sus amantes más duraderas, había sentido algo parecido a lo que estaba sintiendo con Katie.

Ocupaba su mente, tanto despierto como dormido. Organizaba el día en vistas a la hora y media que pasaba con ella, un tiempo que tardaba en llegar y acababa demasiado pronto. Tenía una conexión con su alma como no había tenido nunca con nadie. Sabía lo que pensaba, aunque no abriera la boca. Sentía lo que sentía y, de hecho, la conocía mejor que ella a sí misma. Porque

entendía de dónde venía aquel carácter arisco y difícil: del dolor por la muerte de sus padres.

Sí, Katie por dentro era una niña desorientada por una pérdida demasiado temprana. Era, sin duda, la más sensible entre todos los hermanos Ashcombe, por eso reaccionaba de aquella manera. No tenía razón cuando decía que no le quería nadie: sus hermanos le querían, aunque a veces no la soportaran. Pero sí era cierto que nadie la entendía.

Nadie excepto él.

Llevaba ya un rato en su habitación, sin poder dormir, cuando ese pensamiento ocupó su mente, como una revelación.

Él era el único que entendía a Katie.

Por eso, debía convertirse en su caballero protector.

Por eso, y porque él también la necesitaba.

Tanto como ella a él.

Habían acordado que el día siguiente iba a ser el último día,... pero en ese momento tomó la firme decisión de que no lo iba a ser.

No sabía cómo iba a reaccionar Henry cuando le dijera que quería seguir viendo a su hermana.

No sabía cómo iba a reaccionar Katie.

Pero sí sabía que la decisión era correcta, porque nada más tomarla, su estómago se apaciguó y el dolor de cabeza desapareció.

**********
**********

Por su parte Henry no estaba en su mejor momento. La tensa conversación con Edward se había producido porque llevaba varios días preocupado y lo que había ocurrido esa tarde no había hecho más que preocuparle más.

Una cosa era decirle a su amigo que intentara seducir a su hermana para salvar el honor de la familia y otra, ver cómo eso iba ocurriendo. Lo que sobre el papel le había parecido una buena idea, en la realidad no lo era tanto. Lo cierto era que no le hacía ni una

gracia que su amigo estuviera tanto tiempo encerrado con su hermana, sin testigos, haciendo con ellas cosas que no habría permitido en otra circunstancia. Tenía plena confianza en que Edward iba a respetar la virginidad de Katie, pero es que le había dado carta blanca para todo lo demás. Y todo lo demás era mucho. Ahora se daba cuenta de que demasiado.

Encima, aquella tarde, cuando había vuelto al palacio a cambiarse antes de ir al club, los criados le habían dicho que Edward se acababa de ir, una hora más tarde de lo que debería.

Sí, sobre el papel tenía plena confianza en Edward, pero en la realidad tenía que reconocer que la estaba perdiendo.

Había aceptado las explicaciones de Edward, pero continuaba con un aguijón de desconfianza y la única manera de quitárselo iba a ser haciendo algo al día siguiente.

Algo que, aunque él no lo imaginaba en ese momento, iba a abrir la puerta del desastre.

## Capítulo 50:

Aquel día no hubo retrasos ni actitudes extrañas. Todo funcionó como un reloj. Edward tocó la puerta en el momento exacto, Louis la abrió con su actitud profesional de siempre y tan solo un pequeño vendaje en el dedo anular de su mano derecha. La lámpara de techo parecía intacta y no había cristales en el suelo.

Y junto cuando el reloj daba las campanadas, entró en el salón privado donde le esperaba Katie.

Aunque en ese momento sí hubo una pequeña variación.

Katie, al igual que el día anterior, no estaba recostada sobre el sofá, sino, de nuevo, de pie, apoyada sobre las muletas. Lo que sí cambiaba con respecto al día anterior fue que, en cuanto lo vio, su rostro se llenó con una sonrisa resplandeciente. En cualquier caso, Edward se preocupó:

—Katie, ¿qué haces de pie? Vuelve al sofá, no es bueno para tu tobillo que estés…

—Es bueno para mí —le cortó ella, dando dos pasos con las muletas y echándole literalmente en sus brazos y llenándolo de besos.

Edward la cogió entre sus brazos, la levantó del suelo, para que su tobillo no sufriera, y le devolvió los besos como si tuviera un beso atrasado de años.

Porque así se sentían los dos, como si hubieran estado ayunando y ante ellos hubieran puesto una mesa con las mejores viandas. O, mejor aún, como si hubieran estado bajo el agua y acabaran de sacar la cabeza a la superficie.

Una superficie maravillosa.

Edward terminó de auparla entre sus brazos y se acercó al sofá, mientras continuaba besándola y recibiendo sus besos.

Al principio no dijeron nada, ya que necesitaban saciarse, pero poco a poco, entre beso y beso, entre caricia y caricia, fueron

soltando frases, salpicadas de suspiros y gemidos.

—No quiero que sea nuestro último día.

Dijo ella, como si fuera una orden.

—No va a ser nuestro último día.

Respondió él, lo único que tenía seguro en esta vida.

—Edward, te necesito.

Dijo ella, con la voz tomada por la emoción.

—No, soy yo quien te necesita a ti.

Contestó él, con la voz ronca de deseo y otro sentimiento al que aún no le habían puesto nombre.

Y entre palabra y palabra, la ropa fue desapareciendo, la parte de arriba, enseguida, pero, casi sin darse cuenta, la parte de abajo también, hasta que ambos, casi sin darse cuenta, se encontraron totalmente desnudos, uno entre los brazos del otro.

Y en ese momento Edward pareció darse cuenta de que algo se le estaba escapando de las manos y se apartó un momento.

—Katie, eso no…, ahora no…tenemos que hablar…

Pero ella le calló con un beso largo y profundo, para responder:

—Edward, luego hablaremos, pero todo está bien, lo sé, lo sabes, esto no es un final, es un comienzo.

Y él supo que era así. Y que ocurriera lo que ocurriera, no estaba rompiendo ningún límite, porque el límite fundamental ya no existía: Katie era su destino. Katie era su primera y última parada. Katie era su todo.

Y volvieron a fundir sus cuerpos, sus pieles y sus almas, para empezar el baile más importante de sus vida, el que les iba a hacer uno para siempre…

Por eso, no escucharon el golpe, tímido, que sonó en la puerta.

Ni escucharon cómo esta se abría, unos segundos después.

Sí escucharon la voz atronadora de Henry diciendo:

—¡Te dije que no tocaras su virginidad!

Y entonces vieron su rostro, entre avergonzado y enfurecido.

Y entonces Katie se rompió.

## Capítulo 51:

—¿Me estás diciendo que te has enamorado de mi hermana?

Henry, entre sorprendido y emocionado, acababa de responder con una pregunta al largo discurso que su amigo acababa de soltar.

Habían pasado tres días desde el desastre, pero durante esos tres días muchas cosas habían sucedido.

La más importante, la más dura de ver para todos, la reacción de Katie.

En cuanto había escuchado a su hermano la palabra "virginidad", se había dado cuenta de todo.

Había entendido todo.

Henry, seguramente para alejarla de McMurray, le había pedido a su amigo que la sedujera, manteniendo a salvo su virginidad.

Y Edward, como el fiel amigo que era, había cumplido lo exigido.

Pasando por encima de sus sentimientos.

Pasando por encima de ella.

Después de la reacción inicial de gritos y descalificaciones hacia ambos, Katie se había encerrado en su habitación y se negaba a salir.

Ni a comer.

Ya no gritaba, ni siquiera lloraba, tan solo estaba tumbada en posición fetal y respiraba.

Y Henry se temía que incluso esto último dejara de hacerlo.

Era una exageración, por supuesto, Katie acabaría superando aquel desamor extremo. Pero tenían que ayudarle a hacerlo. Y no sabían cómo.

Porque todos los hermanos estaban preocupados.

Porque todos echaban de menos a la Katie gritona.

Porque les rompía el corazón verla así.

Porque ella siempre había estado equivocada y sí la querían, claro que la querían.

Finalmente, a Christian se le ocurrió una solución:

—Tienes que dejar que venga Edward, Henry, solo él puede sacarla del estado en el que está.

Henry se había negado a recibir a su amigo después de lo sucedido, a pesar de las súplicas de él, pero esta vez decidió hacerle caso a Christian. Si había alguien que podía sacar a Katie del agujero en el que estaba metida, era Edward. Por eso, al final, lo recibió en palacio. Su amigo le pedía escucharle, él le iba a escuchar.

Y lo que Edward le dijo le desconcertó.

Porque le dijo que amaba a su hermana y quería casarse con ella.

Y no, no bromeaba, le repitió varias veces, cuando él, escéptico, así se lo preguntó.

"¿cómo voy a bromear, Henry —le dijo—si es la mujer más maravillosa del mundo?"

"La mujer más maravillosa del mundo"

Evidentemente, si Edward pensaba eso de Katie, era la persona ideal para casarse con ella.

Así que Henry abrazó a su amigo, le perdonó y no solo eso, sino que se dispuso a ayudarle para convencer a Katie de que lo escuchara también.

## Capítulo 52:

"Ayudarle a convencer a Katie"

No había un empeño más difícil que aquel.

Porque Katie no escuchaba a nadie y mucho menos iba a hacerlo con la persona que más le había dañado.

Eso lo sabía Henry y lo sabía Edward. Habían superado un obstáculo, su enemistad temporal, pero les quedaba el más grande.

Casi insalvable.

Pero ahí, de nuevo, Christian intervino.

Cuando Henry le dijo que Edward amaba a Katie, tomó la iniciativa, pidió una reunión con todos los hermanos y les contó su plan.

La cuidarían, con mimo y dedicación, todos, sin importar la reacción de ella. Día y noche, sin pausa, con amor y paciencia. Hasta que poco a poco saliera del estado en el que estaba. Hasta que estuviera dispuesta a escuchar a Edward.

Y todos estuvieron de acuerdo.

Así que a partir de ese día se turnaron, como había pedido Christian.

Henry se ocupó de aleccionar a los criados, para que siempre estuvieran sonrientes con ella, para que mantuvieran el cuidado y paciencia que siempre habían tenido, pero sin miedo. Y también se ocupó de darle las buenas noches todos los días. Se sentaba frente a ella y le cogía la mano, se la acariciaba unos minutos mientras la observaba respirar.

Katie no reaccionaba los primeros días, pero poco a poco lo fue haciendo, abriendo los ojos al principio, hasta terminar sonriendo la noche del día catorce desde que se había encerrado.

Y de esa manera, todos los hermanos fueron derribando sus muros. Nigel, se ocupó de traerle el té y acercarle las pastas. Fue el primero que consiguió que ella comiera algo, el tercer día. Elsie le

subió flores frescas todos los días y, aunque Katie no le contestaba, ella le contaba qué tiempo hacía y cómo el jardín se había llenado de mariposas. John pasaba por las mañanas a darle un beso en la frente, mientras Beatrice lo hacía después de comer. Helene le leía todos los días un capítulo de la novela que estaba leyendo y finalmente Christian, quien más había discutido con ella hasta entonces, pasaba una parte de todas las tardes junto a ella, contándole los chismes más picantes de Londres.

Poco a poco, la pasta que había comido de manos de Nigel se convirtió en una alimentación completa: Katie empezó a desayunar, comer y cenar con normalidad. Y la sonrisa leve que Katie le había ofrecido a Henry empezó a ampliarse y alargarse, les fue ofreciendo sonrisas a todos. Luego monosílabos contestando a alguna pregunta, frases completas al mes. Y dos meses después del desastre aceptó comer en el jardín con todos.

Fue un día precioso, de temperatura templada y buen humor para todos. Katie se mostró animada, aunque en sus ojos había aún un fondo de tristeza, pero esta iba desapareciendo.

Echaba de menos a Edward en la misma medida que lo había apartado de su vida: lo amaba y odiaba al mismo tiempo. A Henry lo había perdonado, entendía que había obrado como hermano mayor, intentando protegerla, pero a Edward no podía perdonarlo, ya que le había engañado. Había jugado con sus sentimientos.

Pero tenía que reconocer una cosa: que no todo había sido malo. Todo lo que había ocurrido había obrado un milagro: su carácter se había suavizado y había mejorado la relación con sus hermanos. No solo había mejorado, sino que ahora ya podía decir que se sentía una más y se sentía amada por ellos.

No dijo nada de todo aquello durante la comida, se limitó a reír con las bromas de Nigel y hablar con todos sus hermanos, pero lo tuvo muy presente. Si no fuera por el vacío que había dejado Edward en su corazón, podría decir que nunca había sido tan feliz.

Pero, aunque no lo dijo, sus hermanos lo intuyeron. Sobre todo Christian, que cuando llegaron los postres, decidió terminar el plan que había trazado con Henry dos meses atrás.

Sonrió, tocó con la cuchara su vaso para que todos lo miraran y con su voz grave, cuando había conseguido la atención de todos, dijo una frase.

Solo una.

—Katie, tienes que hablar con Edward.

Capítulo 53:

No fue fácil. Por mucho que hubiera cambiado, Katie seguía siendo Katie.

Primero se quedó sin palabras, luego, protestó, se enfadó, amenazó con irse. Pero aquellos dos meses habían cambiado todo definitivamente. Había conseguido una confianza nueva con sus hermanos, había aprendido a escucharles.

Y lo hizo.

Y poco a poco fue atendiendo a lo que le decían.

Que Edward merecía ser escuchado.

Que llevaba dos meses esperando ese momento, con paciencia.

Que tenía algo importante que decirle.

Que escucharle podría cambiar su vida.

Ninguno le dijo lo que todos sabían, que la amaba y llevaba dos meses sufriendo tanto como ella. No se lo dijeron porque aquello solo podía decirlo Edward. Su labor como hermanos era convencerla para que se reuniera con él.

Y, aunque les costó dos días, lo consiguieron.

Dos meses y una semana después de que se separaran, a las cinco de la tarde, Edward volvió a reunirse con Katie.

Cuando la puerta se abrió, él tenía el corazón desbocado y el estómago encogido. Ella, el ceño fruncido.

Edward entró.

La puerta se cerró.

Capítulo 54:

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Katie no se movió. Se quedó de pie, con la espalda rígida y los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al suelo.

Edward tampoco se movió. Se había preparado para ese momento durante dos meses, había ensayado mentalmente cada frase, cada argumento, cada posible respuesta de ella. Y ahora, con Katie a tres pasos, todo aquello se había disuelto como azúcar en agua. Sólo quedaba él, en pie, mirándola, con el corazón latiendole en la garganta.

—Katie.

Ella apretó los brazos con más fuerza sobre su pecho. No dijo nada.

—Sé que no tienes ningún motivo para escucharme. Y sé también que me he ganado a pulso que me eches con cajas destempladas. Pero voy a pedirte que no lo hagas. Solo te pido eso. Que me escuches.

Katie levantó la vista del suelo. Sólo un instante, lo justo para mirarle, y entonces él vio en sus ojos lo que llevaba dos meses temiendo y deseando a partes iguales: no había indiferencia. Había dolor, sí, mucho, pero no había indiferencia. Y eso significaba que todavía había algo que salvar.

—Habla —dijo ella al fin, con la voz tan fría como el mármol.

Edward tomó aire.

—Henry vino a pedirme algo. Tú lo sabes, te lo han contado. Lo que no sabes es cómo me sentí yo cuando me lo pidió. Me pareció una locura. Le dije que no. Me costó mucho decirle que sí.

—Pero lo dijiste —apuntó ella, sin suavizar ni un ápice la voz.

—Sí. Lo dije. Porque Henry es mi mejor amigo y estaba desbordado. —Hizo una pausa. —Me equivoqué.

Katie no respondió, pero algo en su postura cambió levemente, tan levemente que cualquier otro no lo habría notado. Edward, que la conocía mejor que nadie, sí lo hizo.

—Llevaba años manteniéndome a distancia de ti —continuó Edward—. No porque me cayeras mal, sino porque con Katie Ashcombe uno notaba que era más seguro no acercarse demasiado. Y así habría seguido, si Henry no hubiera venido a pedirme lo que me pidió.

Katie no dijo nada. Esperaba.

—Y entones empezó nuestra semana. —Esta vez la reacción de ella fue más notoria: al escuchar el "nuestra", abrió los ojos, sus pupilas se dilataron y sus mejillas se tiñeron de rosa. El corazón de él se aceleró también, porque recordar el paraíso que habían vivido no podía dejarlos indemnes, pero continuó un instante después, ya dueño de sí mismo, porque su futuro y su felicidad dependían de que lo que iba a contar a continuación convenciera a Katie —Fui a cumplir un encargo, sí. Pero en cuanto empezamos a hablar de verdad, en cuanto te escuché reír por primera vez —y aquella risa la llevo conmigo desde entonces— me di cuenta de que todo lo que creía saber de ti era la superficie. Y que debajo había algo completamente distinto. Alguien que pensaba, que sentía, que vivía con una pasión contagiosa. —Su voz se volvió más baja—. Nunca me había aburrido tan poco en mi vida, Katie.

Ella tenía los brazos ligeramente menos cruzados que antes.

—Cuando Henry me dijo que llegaba el último día, entendí algo que debería haber entendido antes. No quería que fuera el último día. Y no era por el encargo, ni por Henry, ni por ninguna otra razón que no fueras tú. No quería perderte. Mi vida dependía de no perderte —Dio un paso hacia ella—. Ese día no fui a despedirme. Fui a pedirte que te casaras conmigo. Eso es lo que iba a hacer cuando Henry abrió la puerta.

El silencio que siguió a esas palabras fue tan denso que parecía tener peso.

Katie había bajado los brazos. Tenía los ojos muy abiertos y en su cara había una expresión mezcla de enfado, asombro, miedo, esperanza.

—No te estoy pidiendo que lo olvides todo. Te estoy pidiendo que lo entiendas. Empecé como amigo de tu hermano, sí, ignorando tus sentimientos, pero me cambiaste Katie. Porque cada minuto que pasaba contigo era el mejor minuto de mi día. Porque descubrí quién eras de verdad debajo de todo ese ruido y me pareció lo más extraordinario que había vivido nunca. —Su voz se quebró levemente. —Te amo, Katie. Te amo. Y si me lo permites, te lo demostraré el resto de mi vida.

Katie no dijo nada, pero por su expresión, Edward entendió que algo se había roto en ella y, al mismo tiempo, algo nuevo estaba surgiendo:

—No…puedo… —empezó, balbuceando y tras respirar de nuevo, como un pez que se quedaba sin agua, lo soltó —¡No puedo sufrir más!

Y sus piernas empezaron a flaquear y pareció que iba a caer.

No lo hizo, porque Edward dio dos largos pasos y la sujetó. Y la abrazó, convirtiéndose en su roca.

Edward había entendido aquel "no puedo sufrir más". Katie era el alma más sensible que había conocido nunca. Había perdido a sus padres siendo una niña y su forma de expresar sufrimiento había sido incomprendida por quienes le rodeaban: nadie la había consolado y abrazado cuando más lo necesitaba, en lugar de eso, la habían temido y rehuido. Y, finalmente, cuando había encontrado a alguien que la entendía, esa persona,que era él, le había traicionado.

No tendría vida suficiente para hacerse perdonar por aquello, pero lo iba a intentar, con toda su alma, porque amaba a Katie.

Así que le prometió algo que es imposible, porque la vida a veces da golpes inesperados, pero que por su parte pensaba cumplir a rajatabla.

La estrechó aún más entre sus brazos y le susurró al oído:

—Katie, amor mío, te juro que no permitiré que nada ni nadie te haga sufrir nunca más.

Y ella se pegó aún más a él, respiró el aroma de su cuerpo como si fuera el oxígeno que le había faltado siempre y notó cómo el nudo que había llevado en el pecho se deshacía de golpe.

Luego levantó la mirada y sus ojos se fundieron en los de él, al igual que hicieron sus almas.

Epílogo:

El palacio de Blackmoor en Oxfordshire era exactamente como Katie lo había imaginado: grande, de piedra gris, rodeado de jardines que en primavera debían de ser extraordinarios y que incluso en marzo tenían una belleza austera y tranquila.

Llegaron de noche, después de varias horas de carruaje, y una doncella la condujo a su alcoba, mientras Edward cerraba algunos asuntos de llegada con el mayordomo. Faltaba poco para que estuvieran solos por primera vez en el día, sin testigos, sin ceremonias, sin el ruido alegre de los hermanos.

La habitación era preciosa. Las velas ya estaban encendidas, la chimenea también, y sobre la cama de dosel habían dejado un camisón de seda de color crema que Katie reconoció como una de las prendas que su doncella había metido en el baúl de novia. Todo estaba en su sitio. Era la noche de bodas perfecta.

Y sin embargo, Katie se encontró de pie en el centro de la habitación, sin saber muy bien qué hacer con las manos, con el corazón latiéndole más deprisa de lo razonable.

Ella, que no había tenido miedo de nada en su vida y que se había plantado frente a medio Londres sin pestañear, estaba nerviosa.

Profundamente, ridículamente nerviosa.

Cuando la puerta se abrió y apareció Edward, ella estaba de espaldas, fingiendo que miraba el fuego. Le escuchó entrar, escuchó cómo cerraba la puerta con cuidado, escuchó sus pasos sobre la alfombra acercándose. Y no se dio la vuelta.

Edward se detuvo a su espalda. No la tocó. Tan sólo se quedó allí, lo suficientemente cerca para que ella notara su calor, y dijo muy despacio:

—No hay prisa, Katie.

Se dio la vuelta entonces, porque aquellas cuatro palabras contenían todo lo que necesitaba escuchar. Le miró a la cara. Él tampoco estaba del todo tranquilo, lo vio enseguida: había algo en su expresión, una intensidad contenida, que le dijo que esta noche era importante para él también.

Eso la tranquilizó más que cualquier otra cosa.

Edward le enmarcó la cara entre las manos y la besó despacio, sin urgencia, como si tuvieran toda la noche. Que era exactamente lo que tenían. Katie sintió cómo la tensión de sus hombros se iba deshaciendo bajo aquel beso largo y deliberado, y respondió sin pensar, guiada únicamente por lo que sentía.

—Muy despacio —le dijo él entonces, en voz baja.

Ella notó sus dedos en los botones del vestido, uno a uno, con una paciencia que le pareció al mismo tiempo infinita y demasiado lenta. Por cada botón que él soltaba, posaba los labios en la piel que quedaba al descubierto, un beso breve en el hombro, otro entre los omoplatos, otro en la nuca antes de apartar suavemente un mechón de su pelo. Cuando el vestido cayó al suelo, Katie tenía la respiración completamente alterada.

—¿Estás bien? —le preguntó él al oído, y en esa sola pregunta había una atención y una ternura infinitas.

—Sí —respondió ella, y era la respuesta más sencilla y más verdadera que había dado en su vida.

Se deshicieron del resto de la ropa sin prisa, él guiándola siempre, ella sigúiéndole de manera natural, como si sus cuerpos llevaran años sabiendo cómo moverse juntos. Cuando la tumbó sobre la cama con cuidado, Edward se quedó un momento mirándola a la luz de las velas, y en su mirada había algo que le quito el último resto de nerviosismo a Katie: la admiración pura e irrefrenable de alguien que está viendo exactamente lo que quería ver.

—Eres increíblemente hermosa —dijo, en voz tan baja que pareció casi una confesión.

Katie no contestó con palabras. Le tendió la mano y él la tomó y se acostó junto a ella.

Lo que siguió fue un aprendizaje lento y luminoso. Habían tenido una semana para empezar a conocer sus cuerpos, sus cadencias, sus necesidades y sus deseos, y lo habían hecho, pero lo que iba a ocurrir ahora, sobre el lecho, era diferente.

Iban a traspasar la última puerta, la que les iba a llevar a la unión absoluta, y en ese viaje era Edward quien debía tomar el mando. Él conocía cada ritmo, cada pausa, cada momento en que una caricia debía convertirse en algo más. Y Katie, que lo ignoraba todo de aquello, decidió darle permiso. Él se lo pedía, con la mirada, con susurros, con las manos, y ella le respondía, acoplando su cuerpo al de él, gimiendo, mirándolo.

Cuando llegó el momento de dolor, breve, Katie pudo soportarlo porque Edward estaba allí, sosteniendo su cara entre las manos, mirándola a los ojos.

—Soy yo —le dijo.

—Mi amor —respondió ella, y lo dijo como lo que era: una promesa y una elección.

Después, el dolor desapareció y en su lugar llegó algo completamente distinto: una ola de sensaciones que Katie no había imaginado posibles, que crecieron lentamente, con la precisión paciente con que Edward construyó todo aquella noche, hasta convertirse en algo que la envolvió por completo y la llevó a un lugar en el que no había pensamiento, ni pasado, ni nada que no fuera el cuerpo de él y el suyo, que eran ya el mismo.

Mucho después, tumbada sobre su pecho con el oído apoyado contra su corazón, Katie miró las llamas que iban menguando en la chimenea y pensó que nunca había estado tan en paz en su vida. No solo por fuera. Por dentro también.

Edward le acariciaba el pelo con esa pereza feliz de quien no tiene ningún sitio al que ir.

El fuego siguió mermando, despacio, y ninguno de los dos hizo ningún movimiento para avivarlo. No hacía frío. No había prisa. No había nada que no fuera aquello exactamente: los dos, juntos, en la oscuridad cálida del primer palacio que, a partir de ese día, era también el de ella.

El último capricho de Lady Katie había resultado ser, para sorpresa de todos y sobre todo de ella misma, su destino.

FIN

Querida lectora, espero que hayas disfrutado con la historia de Katie y Edward. Es la primera novela de la saga **"los Ashcombe"** . La próxima novela de esta serie es **"el vizconde imperfecto"** y saldrá a la venta el 1 de agosto de 2026.

Por otro lado, tengo publicadas cuatro sagas más: **"Los Cornwall"**, cuya primera novela puedes encontrar aquí: "No necesito un vizconde" , **Damas Indómitas**, **Hermanas Arlington** y la serie **"Solteronas"**.

El resto de mis publicaciones y novedades las tienes en mi página personal de Amazon.

Olympia ❦